COMEDIA FAMOSA.

MUSICOS AMO, Y CRIADO, Y EL AMOR POR EL RETRATO.

DE DON SANTIAGO GARRO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Henrique, Galàn.	*Doña Leonor, Dama.*	*Pimienta, Graciosa.*
Don Diego, Galàn.	*Doña Margarita, Dama.*	*Peregil, Criado.*
Don Juan, Galàn.	*Inès, Criada.*	*Un Criado.*
Don Pedro, Barba.	*Juana, Criada.*	*Musica.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Diego, Galàn, y Peregil, Criado.

Diego. AY, Leonor, què mal resisto
este dolor que padezco,
esta llama en que me abraso,
este fuego en que me quemo!
Impossible es el vivir;
y pues vès del mal que muero,
dà algun alivio à mi pena;
templa, señora, el incendio
de mi amor, con que tus ojos
dexen de ser tan severos.

Pereg. Jesus! Por Dios, que mi amo
suspiros exhala al viento.

Diego. Peregil, mucho es mi mal;
yo me abraso, yo me quemo:
què he de hacer, Cielos Divinos?

Pereg. Ir à tomar un refresco
à la Puebla, ò San Martin,
que un fuego, saca otro fuego.

Diego. Siempre has de estàr de un humor?

Pereg. No tengo otro, que à tenerlo,
le gastàra en divertirte,
porque es lo que mas deseo.

Diego. Mal pudieras, que mi mal
tiene impossible el remedio,
y mi fortuna es contraria
à mi amor, que es de que muero.

Pereg. Amor es? cuerpo de Christo!
hablàras, que assi te entiendo.

Diego. Amor, Peregil, amigo;
pero al passo que el incendio
en mì crece, elado hallo
aquel divino sugeto
que adoro; de suerte, que
batallando, y discurriendo
por vencer este impossible,
ni descanso, ni sossiego.

Pereg. Dì, de què classe es la Dama?

Diego. Es hija de un Cavallero
principal, y un Mayorazgo
possee, que à lo que entiendo,
vale doce mil ducados,

sin tener mas herederos;
mira si està bien cercado
de impossibles mi deseo.

Pereg. Luego es esta pretension,
señor, para casamiento?

Diego. Ojala Amor lo disponga.

Pereg. Pues, para ahorrar de tiempo,
yo la pidiera à su padre,
pues para que venga en ello,
le brinda tu calidad,
tu hacienda, y el ser primero
en tu casa, y la merced
que su Magestad te ha hecho
de Encomienda de Santiago,
que hònrando tu noble pecho,
acredita de tu sangre
el ilustre nacimiento.

Diego. El estado de mi amor
ha menester mejor medio,
pues poco me importa el que
llegue à alcanzar de Don Pedro,
que me la dè por esposa,
si sè, que Leonor (ay Cielos!)
me aborrece de manera,
que ha llegado su desprecio
à declararse conmigo,
diciendome: Cavallero,
no desperdicieis finezas;
con que dà à entender en esso,
que està ya su voluntad
rendida à otro sugeto:
y aunque yo la quiero tanto,
que si la pierdo, me pierdo,
hasta assegurarme bien
si nacen estos desprecios
de otro amor, es imposible
que me valga de esse medio.

Pereg. Pues què has de hacer?

Diego. Padecer,
y sufrir, y con anhelo
solicitar, que me quiera
en continuos galantèos,
siendo Argos de su calle,
assistiendo à los passeos,
sobornando sus criadas,
hasta saber si otro empeño
es causa de que no logre
yo lo que tanto deseo.

Pereg. Pues yo te ofrezco ayudar
para que logres tu intento,
aunque esta señora Dama
se nos meta en el Infierno.

Sale Inès con manto.

Inès. Cè, Cavallero. *Pereg.* Señora,
nos trae algun quebradero
de cabeza? que en usted
mucho talle veo de esso.

Inès. A su amo busco, y no à èl:
aparte, y no sea grossero.

Diego. Es à mì, señora? *Inès.* Sì,
à vos es, señor Don Diego. *Destapase.*

Diego. Inès, seas bien venida.

Inès. A veros, señor Don Diego,
me trae la compassion,
por si acaso os sirvo en esto;
viendo vuestro amor tan vivo,
y el de mi ama tan muerto,
menospreciar vuestras ansias,
no hacer caso de los ruegos,
no admitir vuestros favores,
rasgar papeles sin leerlos,
sin otras cosas que callo;
y esto, sin mas fundamento,
que el de haverse encaprichado,
desvanecida, diciendo,
que no ha de amar en su vida.

Diego. Vana sospecha, alentemos. *ap.*
Esso postrero que has dicho,
Inès, mucho te agradezco,
y por aquesse cuidado
(que pagartelo no puedo)
toma aora este diamante. *Dasele.*

Inès. No hagais aquessos excessos,
que à mì por paga me basta
saber, que te sirvo en esto.

Pereg. Niego aquessa conclusion,
Inesilla del Infierno,
pues tomas, como acostumbran
los que estudian en Galeno,
que por mucho que les paguen,
siempre les quedan debiendo.

Diego. Inès, por mì una fineza
has de hacer. *Inès.* A todo riesgo
te he de ayudar, hasta que
logres de tu amor el premio.

Diego. Pues esta noche quisiera

vèr à Leonor, por si puedo
de este fuego en que me abraso
tolerar algo el incendio;
y tù has de hacer que consiga,
y logre yo este deseo.
Inès. Es tan terrible mi ama,
y tan solìcito el viejo
en asistir à su hija,
que como galàn atento
jamàs la pierde de vista;
y no quisiera, queriendo
servirte, se malogràra
lo que por tì hacer deseo;
porque en llegando à saber
Leonor, que te favorezco,
me embiarà en hora mala,
y asi todo lo perdemos.
Diego. Pues, Inès, yo he de morir,
si de su vista carezco:
lo que hacer podìas por mì,
(dificil es lo que emprendo)
era copiar de tu ama
un retrato con secreto.
Inès. Facil serà, pues yo juzgo
se le hizo sacar el viejo,
para casarla en Sevilla
con un noble Cavallero,
y estando dispuesto todo,
avisò de haverse muerto
una Estafeta, con que
se quedò el retrato hecho
en poder de mi señora:
sacarèlo con secreto,
y dandotele, tù haràs
que le copien al momento;
y si no el original
veràs su traslado mesmo.
Diego. Por tì espero ser dichoso:
y quàndo el retrato espero?
Inès. Mañana. *Pereg.* No, la mozuela
traza tiene de un enredo
hacer, como de llevarse
un diamante sobre el dedo.
Diego. Pues aqui mañana aguardo.
Inès. Y à esta hora, que te ofrezco
ser puntual. *Diego.* Pues à Dios.
Inès. El te guarde: aqueste enredo *ap.*
yo harè que dure, hasta que
vengan diamantes sin cuento. *Vase.*
Diego. Amor, flecha con tus rayos
de Leonor los pensamientos,
que yo te ofrezco holocaustos
en las aras de tu incendio.
Y pues que ya estoy seguro
de que en Leonor los extremos
los motiva inclinacion,
y no otro amor, respirèmos,
que el tiempo darà lugar
à que puedan los festejos,
la asistencia, y la porfia
dàr logro à mis pensamientos.
Pereg. Esso muy bien podrà ser,
mas yo en mugeres no creo. *Vanse.*
Canta dent. Pim. Escuchen los Madrileños
una Xacarilla nueva,
que aprendiò en la Andalucìa
el Licenciado Pimienta.
Salen Don Henrique, Galàn, y Pimienta, Gracioso.
Henriq. Què te parece Madrid?
Pim. Cantando quiere mi lengua
decirtelo. *Henriq.* Vaya, canta.
Pim. Pues escucha, que ya empiezo.
Canta. Es una Corte tan noble,
es una Corte tan bella,
que quisiera ponderar
de sus calles la grandeza,
lo lucido de sù Plaza,
lo pròspero de sus Tiendas,
de los hombres lo bizarro,
de sus Damas la belleza,
el garvo, la bizarrìa,
la gala, la sutileza
en el andar, pues el aire
es tan sutil, que se lleva
à quanto encuentra de calles,
aunque se abrace à una vieja;
y en fin::-
Henriq. Dexalo, ya basta.
Pim. Dexolo, si te contenta.
Henriq. Què tan bien te ha parecido?
Pim. No quieres que me parezca?
mas dexame aora que diga
una chanza à esta mozuela.
Al paño Inès. Pues mi señora à su prima
me manda lleve un recado,

con aqueste achaque quiero
ir à llevar el retrato. *Sale.*
Pim. Mi señora, un forastero
suplìcaos::- *Inès.* Linda flema!
dexeme passar, que llevo
mas cuidado del que piensa.
Pim. Oiga usted, que serè breve.
Inès. No quiero. *Pim.* Serà por fuerza.
Canta. Señora, mire si gusta
de que su Escudero sea,
irè con ella bolando,
pues soy como una Pimienta.
Canta Inès. Tome usted, y no se canse,
un bofeton por respuesta.
Dale, caesele el retrato, y vase.
Henriq. Has quedado muy lucido?
Pim. No poco, pues dexa prenda. *Alzale.*
Henriq. Còmo? què cosa? Veamos.
Pim. Què, no es nada.
Henriq. Necio, muestra.
Pim. Toma, que si la tapada
poco lucido me dexa,
tù me dexaràs à obscuras,
pues toda la luz te llevas. *Dale el retrato.*
Henriq. Un retrato es de una Dama,
cuya divina belleza::-
pero seguirè à su dueño;
no reparaste, Pimienta,
por dònde fue la tapada?
Pim. Por esta calle diò buelta.
Henriq. Pues vamos, que he de seguirla,
llevado de esta belleza. *Entran, y salen.*
No fue possible alcanzarla.
Pim. Iba como una saeta:
mas dime, què la querias?
Henriq. Saber el dueño quisiera
de esta perfecta hermosura.
Pim. Y què haràs con conocerla?
Henriq. Declararla que la adoro,
y pedir de mì se duèla.
Pim. Pues mira, toma un consejo,
y veràs que te aprovecha;
tù no eres Musico? *Henriq.* Sì.
Pim. Yo no lo soy? *Henr.* Cosa es cierta:
mas què hemos de hacer con esso?
Pim. Què? toma tù una vihuela,
yo un violin, y por las calles
irèmos de esta manera,
como dos ciegos, tocando,
y cantando cosas nuevas,
y veràs que no hay balcon,
puerta, ventana, ni reja,
donde no haya à escucharnos
su cierta Madama puesta:
para esto tù el retrato
le has de llevar de manera,
que puedas reconocer
quien es su dueño, y con esta
treta veràs la encontramos,
sin que te cueste molestia.
Henriq. Ay Pimienta! mal discurres,
pues es locura essa empressa.
Pim. Pues què pretendes hacer?
Henriq. No dexar calle, ni reja
en Madrid que no registre,
acudir à las Iglesias,
donde haya festividades,
no faltar à la Comedia,
vèr los Prados cada dia,
el rio à su tiempo, y Ferias,
sin que falte mi cuidado
à la menor diligencia,
hasta que halle original
à esta copiada belleza.
Pim. Valgate Dios por retrato!
Salen Don Diego, Peregil, è Inès.
Pereg. Valgate el diablo, embustera!
señor, que te persuadas,
que el retrato se perdiera!
es cosa que pierdo el juicio.
Inès. Señor bufon, yo le diera
porque no fuera verdad::-
mas tente, señor, espera,
que uno de aquellos dos hombres,
al dar à essa calle buelta,
grossero quiso tenerme,
y entonces, que se cayera
pudiera ser muy possible:
y assi, un instante espera,
en tanto que llego à hablarlos.
Llegase à Don Henrique, y Pimienta.
Cavalleros, yo quisiera
hablaros una palabra.
Pim. Mandar puede usted, mi Reyna.
Inès. Yo soy à quien poco hà
quiso detener por fuerza,

quan-

quando un retrato perdì,
y sè, con grande evidencia,
que vuessa merced lo hallò,
suplìcole me le buelva.

Henriq. Señora, muchos cuidados
oy con vuestra vista cessan:
mirad, pues, lo que mandais,
que harè quanto se os ofrezca.

Inès. Pues, señor, à esse Criado
suplicaba, que me diera
un retrato de una Dama,
que en aquesta calle mesma
le perdì, y èl se le hallò;
y pues que vuestra nobleza
ofrece favorecerme,
mandadle que me le buelva.

Henriq. Yo ofrezco dar el retrato,
como su original vea.

Diego. Cavallero, yo os suplìco, *Llegase.*
que desistais de essa empressa,
pues es el original
una deidad, que no llega
el mas alto pensamiento
à merecer que la vea.

Henriq. Importaos algo esta Dama?

Diego. A aquesso no doy respuesta.

Henriq. Pues lo mismo os digo yo,
pues que puedo merecerla.

Diego. Dad el retrato à essa Dama,
y ahorremos de diferencias,
que despues satisfarè
à que no hay quien la merezca.

Henriq. El retrato no he de darle
à quien su dueño no sea.

Inès. Yo lo soy. *Henriq.* Pues descubrìos,
que siendo vuestra belleza
original del retrato,
no havrà cosa que no venza.

Diego. No se les pide à las Damas,
que se descubran por fuerza.

Henriq. Ni à los hombres como yo
tampoco se les violenta
à que dèn lo que no quieren,
y mas quando es joya esta,
que una, y mil veces la vida
antes de darla perdiera.

Diego. Pues yo la sabrè cobrar.

Henriq. Còmo?

Diego. De aquesta manera. *Riñen.*

Inès. Yo quiero ponerme en cobro,
suceda lo que suceda. *Vase.*

Henriq. Dexame, que solo basto;
sigue essa muger, Pimienta,
hasta que sepas su casa.

Pim. Yo dexarè la pendencia
en matando este gallina,
y luego harè lo que ordenas.

Entranse riñendo todos, y dice dentro Don Diego.

Diego. Muerto soy, valgame el Cielo!

Dent. Pim. Dios te dè la Gloria eterna.

Sale Inès, y Pimienta siguiendola.

Inès. Jesus! que lleguè à mi casa:
yo me he escapado de buena. *Vase.*

Pim. Yo cumplì mi obligacion,
sin que de vista perdiera
esta muger, ò demonio,
à quien yo sigo por tema;
pero en esta casa entrò,
quiero tomar bien las señas,
y ir à buscar à mi amo.

Al entrarse sale Don Henrique.

Henriq. Sigueme, amigo Pimienta,
pues pienso que la Justicia
nos sigue con diligencia.

Pim. Pues entrate en essa casa,
y dexalo por mi cuenta.

Henriq. Yo por lo que sucediere,
quiero guardar esta puerta.

Pim. No hagas tal, subete arriba,
que aora quiero que veas
el valor de aqueste pecho,
aunque por librarte muera. *Vanse.*

Salen Leonor, è Inès, y canta la Musica.

Musica. Alegre, y desvanecido
vive siempre el corazon,
seguro de la opinion
de que amor no ha conocido.

Leon. Cantad, decid, malo fuera::-

Musica. Quisiera::-

Leon. Queriendo amor desecharle::-

Musica. Darle::-

Leon. A aquel, que fuesse villano.

Musica. Mi mano.

Leon. Fuera el corazon tirano
conmigo, si consintiera

que à otro, que noble fuera::-
Ella, y Musica. Quisiera darle mi mano.
Leon. Què bien mi pecho se halla::-
Canta dentro Henriq. Calla::-
Leon. Al vèr por nadie suspira::-
Henriq. Y mira::-
Leon. Loco està, y desvanecido.
Henriq. No has vencido.
Leon. Pero què es esto que he oìdo?
còmo hay (Cielos, sin mì estoy!)
quien diga, al saber quien soy::-
Ella, Henrique, y Musica.
Calla, y mira no has vencido.
Leon. Havrà quien me venza?
Henriq. y Musica. No.
Leon. Y à quien yo me rinda?
Henriq. y Musica. Sì.
Leon. Y à quièn ha de ser?
Henriq. y Musica. A mì.
Leon. Y quièn lo assegura?
Henriq. y Musica. Yo.
Salen Don Henrique, y Pimienta.
Leon. Quièn sois, que atrevido, y necio,
os entrais en este quarto
con tan grande atrevimiento?
Henriq. Quien huye de la Justicia
por cierto accidente, y vengo
à que me valga el sagrado::-
Vive Dios, que es uno mesmo
retrato, y original! *Mira al retrato.*
y aun el pincèl fue grossero.
Pimienta? *Pim.* Ya te he entendido:
prosigue, no estès suspenso,
supuesto que hemos hallado
logrado nuestro deseo.
Inès. El hombre viene turbado:
sossegaos. *Henriq.* Còmo puedo
no estàr ya como seguro,
haviendo entrado en el Cielo?
Leon. No es, señor, Cielo esta casa,
pero lo es de un Cavallero,
à quien tiene la Justicia,
por su sangre, algun respeto;
y assi, salìos allà fuera,
que tengo padre, y no quiero,
que en lo que yo no imagino,
haga su malicia efecto:
y antes que os vayais, decidme
si acaso era vuestro acento
el que à lo que yo decia
me iba contradiciendo.
Henriq. Señora, si no es que acaso
fuesse, que al ir respondiendo
à unas quantas preguntas
que me hizo Pimienta, el èco
llegasse aqui. *Pim.* Esso serìa,
porque mi amo, y yo somos
grandes Musicos: y assi,
es nuestro divertimiento
el ponernos à cantar
en los mayores aprietos.
Leon. Pues gustarìa de oìros,
por vèr si acaso fue esso.
Henriq. Pues si en esso te servimos,
vamos, Pimienta. *Pim.* Comienzo.
Cantan al sòn de los instrumentos lo siguiente Don Henrique, y Pimienta.
Pim. Hasta vencer la batalla::-
Henriq. Calla::-
Pim. Soldado, que estàs con ira::-
Henriq. Y mira::-
Pim. Que aunque de guapo valido::-
Henriq. No has vencido.
Los dos. Aquesto, señora, ha sido
lo que nuestra voz decia
à un Soldado, y le advertìa:
calla, y mira no has vencido.
Leon. Esso es, segun entiendo.
Inès. Señora, aqui Don Juan viene
con su hermana. *Leon.* Grave empeño!
Pues antes que entren, Inès,
retira à esse Cavallero
à tu quarto. *Henriq.* Este mandato
es en mì mayor precepto.
Leon. Haz, Inès, lo que te mando,
y à mi padre en viniendo
le diràs, que se ha valido
de su casa, por el riesgo
de la Justicia. Id seguro,
que os sacarà del empeño.
Inès. Por mi vida, que han venido *ap.*
los dos à su pagadero;
y esta vez me he de vengar,
ò he de salir del enredo.
Venid, señores, conmigo.
Henriq. Yo salir de aqui no puedo.
Pim.

Pim. Digo, que no havemos de irnos,
que tenemos mucho miedo.
Leon. No paſſeis de lo medroſo,
à querer parecer necio.
Inès. Ya es impoſsible ſalir,
porque en el paſſo ſe han pueſto.
Leon. Pues retirale à mi quarto,
y eſtad con todo ſilencio,
ya que haveis entrado aqui
tan medroſo, ò tan reſuelto.
Y tù, en viniendo mi padre,
ſe lo advierte, porque luego
diſponga el aſſegurarlos.
Henriq. Mil años os guarde el Cielo.
Ay, Amor, logra la dicha, *ap.*
que me has franqueado tan preſto!
Pim. Valgate el diablo el retrato,
en què confuſion me ha pueſto!
Vanſe con Inès.
Leon. Soſpechoſa me ha dexado
vèr en eſte hombre lo atento
con que mirando ſu mano,
me miraba à mì, y ſuſpenſo,
ofrecìa admiraciones
à ſu propio penſamiento:
mucho la curioſidad
me mueve à querer ſaberlo.
Salen Doña Margarita, Don Juan, è Inès.
Leon. Seais, ſeñora, bien venida.
Marg. Dexèmos los cumplimientos,
y dame, prima, los brazos.
Leon. Con el alma os los ofrezco:
Inès, lleganos almohadas,
y à mi primo trae aſsiento:
vos, ſeñor, còmo venìs? *A D. Juan.*
Juan. Como que à eſclavo, y à deudo
me mandeis, porque en ſerviros
mi obligacion cumplo en ello.
Leon. Yo la tengo de eſtimaros;
y aſsi, mucho os agradezco
el que aqueſta caſa honreis
con mi prima, à quien venero
como à mi mayor amiga;
y que perdoneis os ruego
el que oy la ſuplicaſſe
me vinieſſe à vèr. *Juan.* En ello
mi hermana, y yo grangeamos
la dicha de poder veros.
Marg. Mas parecen de galàn,
hermano, los cumplimientos,
que de primo. *Leon.* Lo cortès
en Don Juan ſiempre, y lo atento
ſobreſale, prima mia.
Juan. Si vos quereis que ſea eſſo,
obligareiſme à callar,
porque no quiero, que efectos
de cordura me malogren
de mi obligacion afectos.
Leon. Yo me doy por obligada.
Juan. Y yo, ſeñoras, no quiero
malograros la viſita;
dadme licencia, que tengo
un negocio de importancia
eſta tarde en el Conſejo.
Leon. Vos, ſeñor, podeis mandar.
Juan. Mil años os guarde el Cielo. *Vaſe.*
Leon. Parece que algun cuidado
traes, prima, porque veo
marchitada tu hermoſura.
Marg. Ay, prima, lo que padezco!
Vengo à conſultar contigo,
por vèr ſi tiene remedio
de mis males lo profundo,
y de mi amor los extremos.
Leon. Amor tienes, prima mia?
pues mal te darè conſejo,
porque en mi vida he ſabido
lo que es amor, y no creo,
que amor pueda ſer cuidado,
ni còmo pueda ſer eſſo.
Marg. Porque tengo el alvedrìo
à otro alvedrìo ſujeto.
Leon. Pues mal haces, que ſi Dios,
que es el autor, y es el dueño
de todo, le dexò libre,
para uſar de èl con imperio,
por què ſe ha de cautivar?
à quien tal hace condeno
à vivir con poco guſto.
Marg. Si correſponde el ſugeto
con lo miſmo, antes es guſto,
que no peſar: y lo vemos
en muchos, que amantes finos,
reciprocamente uniendo
en una dos voluntades,
ſon dos almas en un cuerpo.

Leon.

Leon. Y dònde se halla esta union?
porque si se vende, quiero
comprarla, y el Mayorazgo
poner por ella en empeño.
Marg. Esta se halla en el amor.
Leon. Pues digo que no la quiero;
no passes mas adelante;
prima, de otra cosa hablemos.
Marg. Tanto el amor aborreces?
Leon. Conozco que es un remedio,
que cautiva la memoria,
y priva el entendimiento;
y assi, yo la voluntad
à mì propia me la tengo,
con que de las tres potencias
uso, sin tener el riesgo
de que el amante se queje
si le quiero, ò no le quiero.
Marg. Dichosa tù si consigues
librarte de tal incendio.
Leon. Ya no me està bien hablar *ap.*
en el amor de Don Diego.
Marg. Callar es fuerza mi amor, *ap.*
à quien no le paga feudo.
Leon. Prima, vamos al jardin,
que allà de espacio hablaremos.
Marg. Mi gusto es obedecerte.
Leon. Conmigo el cuidado llevo
de bolver con brevedad,
à saber si los extremos
del retirado, los causa
tener à la Carcel miedo.
Marg. Amor, paciencia, y sufrir, *ap.*
hasta que os halle remedio. *Vanse.*

Sale Pimienta.

Pim. Quièn en el mundo se ha visto
puesto en mayor confusion?
mi amo entrarse hasta aqui,
tràs èl la tapada, y yo
detràs de ellos, y al instante
meternos aqui à los dos,
donde si salimos vivos,
serà milagro de Dios;
pues al instante que entramos,
la tapada aqui se entrò,
diciendome: Cavallero,
deme el retrato, sino
mire, que aqui ha de morir,
sin ninguna apelacion.
Consultelo con su amo,
que al instante buelvo yo
à saber lo que ha resuelto
en esta proposicion;
con que echada la sentencia
difinitiva dexò.
Yo havrè de morir por fuerza,
deme valor San Anton;
y à vos, Mosqueteros, ruego
que me encomendeis à Dios:
mas Inès viene, laus Deo.
Sale Inès. Tiene ya resolucion
de darme lo que le pido?
porque esta es, una de dos,
ò bolverme mi retrato,
ò ponerse bien con Dios,
que le huele la garganta
à la seda de Chinchon.
Pim. Yo soy noble Montañès,
y essa muerte no se diò
à ninguno de mi casta,
porque hidalgo rancio soy.
Inès. Havrà hierro de Vizcaya,
que quita la opilacion.
Pim. Mi Reyna, vamos al caso,
si el retrato me quitò
mi amo, còmo he de darle?
dexeme irle à vèr, que yo
harè le buelva à su mano
tan cierto como un relox.
Inès. Me ha de dar una palabra.
Pim. Y quàl es?
Inès. Que aqui el perdon
me ha de ofrecer si le mato,
por no cumplir.
Pim. Pido à Dios
la perdone (en el Infierno.) *ap.*
Inès. Pues cuidado. *Pim.* Vea yo
una vez fuera à mi amo,
infundiendome valor,
que à fè, que la tal Inès
me la pague, juro à brios.

Abre Inès, y saca à Don Henrique.

Inès. Bien puedes salir seguro.
Henriq. Dònde me llevas, amor?
no me alejes de mi dicha.
Inès. Ya tiene aqui à su señor.

Sale Don Pedro, Barba.

Pedro. Quièn son estos Cavalleros,
que estàn en casa? *Inès.* Señor::-
Pim. Jesus mil veces! Santiago, *ap.*
San Juan, San Pablo, San Leon,
el viejo se nos ha entrado
sin decir ni hoz, ni coz.
Inès. Huyendo de la Justicia
se entraron aqui los dos.
Pedro. Calla. Mucho que pensar *ap.*
me ha dado su turbacion:
què buscais en esta casa? *A Henriq.*
Henriq. A ella nos trajo, señor,
el riesgo de la Justicia,
por un sucesso, que oy
tuve con un Cavallero,
que osado se resolviò
à remitirlo à la espada,
llevado de su passion:
luego quedò mal herido,
con que fue fuerza, señor,
retirarme à toda priessa,
y la Justicia velòz
me siguiò, hasta que el Cielo
por sagrado me ofreciò
este quarto, à tiempo que
aquesta señora entrò,
y vos, para que à essas plantas
del yerro os pida perdon. *Arrodillase.*
Pedro. Alzaos, no esteis assi.
Henriq. A lo que obligas, Amor! *ap.*
Pedro. Yo he visto vuestra pendencia,
que esta tarde sucediò;
y lo que puedo deciros,
que el Criado no muriò,
pero queda mal herido;
y el Cavallero saliò
con una herida en un brazo,
y un Alguacil porfiò
à querer llevarle preso,
hasta que à mì me obligò
à assegurar su persona,
con que à mì me le entregò;
por fin, le dexè en su casa,
y creed, que su valor
es conocido en la Corte;
y de su nobleza yo
tengo bastantes noticias,
y pues que noble naciò,
os advierto, que sabrà
cumplir con su obligacion.
Henriq. La Casa de los Toledos
à mì nobleza me diò,
y no faltarà mi espada
à darle satisfaccion.
Pedro. Pues què Toledo os llamais?
Henriq. Y la cabeza soy yo
de su Casa, y Mayorazgo.
Pedro. Por preguntar nadie errò:
fue Soldado vuestro padre?
Henriq. Maestre de Campo sirviò
à su Magestad en Flandes,
y en la Campaña muriò.
Pedro. Don Francisco se llamaba,
y fuimos allà los dos
grandes amigos, y aora
vuestro quiero serlo yo;
còmo os llamais? *Henr.* Don Henrique.
Pedro. Pues Don Henrique, desde oy
tomo este lance à mi cuenta,
que en cierta causa de honor,
le debì yo à vuestro padre
quedar con buena opinion:
y en lo que pueda serviros
no os faltarè, por quien soy.
Henriq. La fortuna, ò dicha mia
(à quien mil gracias le doy)
me deparò vuestra casa.
Qual forastero, señor,
y que no sabe à Madrid
(no os canse mi pretension)
os suplìco, que un Criado
me guie (hasta que el lance de oy
se componga) à alguna Iglesia,
agradeciendo el favor
con que vos me haveis honrado.
Pedro. Aunque vuestra pretension
podia aceptar, no quiero,
llevado de la opinion,
con que vuestro padre en Flandes
por muchos medios me honrò:
quiero tenerte en mi casa,
que en Cavalleros de honor
las honras nunca peligran.
Henriq. Os lo agradezco, señor,
mas no quiero embarazaros,

dadme licencia. *Pedro.* Esso no,
mi huesped haveis de ser
hasta saber la intencion
de la Justicia: à mi quarto
os venid, que la ocasion
quiero que me refirais,
por tomar resolucion
de lo que yo debo hacer.
Henriq. Mil años os guarde Dios,
que en mì serà obedeceros
la mayor obligacion.
Amor, feriame la dicha *ap.*
de poder decir mi amor
al divino original
de este copiado borron.
Pedro. A dònde està tu señora? *ap. à Inès.*
Inès. A divertirse baxò
àzia el jardin con su prima.
Pedro. Y Don Henrique la viò?
Inès. No me parece posible,
porque quando èl entrò,
ya mis señoras estaban
abaxo en el cenador.
Pedro. Prevenlas que no me vean,
diciendoles la ocasion,
que de su recato fio,
que estè seguro mi honor.
Venid, señor, à mi quarto, *A Henriq.*
y tù, Inès, para los dos
haràs que otro se prevenga.
Inès. Luego à obedecerte voy.
Henriq. Fortuna, pàra la rueda,
ya que has corrido velòz
hasta haverme aposentado
junto à la casa del Sol. *Vanse los dos.*
Pim. Solo por esso se dixo,
lo que và de ayer à oy.
Inès. No se alabe, pues se queda
dentro en mi jurisdiccion.
Pim. Son los oficios anales,
y el de usted ya feneciò;
y asi, vayase à fregar,
porque aqui ya mando yo. *Vase.*
Inès. Yo me vengarè de entrambos,
si asseguro mi opinion.

Sale Doña Leonor.

Leon. Inès, con que el retirado
Cavallero es bien nacido?
y mi padre de su sangre
tiene bastantes indicios?
Inès. Si señora, y de tal suerte,
que como si fuera hijo
en casa le ha aposentado;
pero si tù lo has oìdo,
no quiero decirte mas,
de que Don Diego està herido.
Leon. De què lo has sabido tù?
Inès. De que tu padre lo ha dicho;
parece que te ha pesado?
Leon. El haverle conocido,
y el querer èl sea su esposa
à compassion me ha movido.
Inès. Y no mas? *Leon.* Pues què mas quieres?
Inès. Un tantito de cariño.
Leon. No sabes mi condicion?
Inès. Todo es mudable en el siglo;
y en verdad, que la mudanza
hecha al sòn de lo entendido,
de lo airoso, y lo bizarro,
de lo noble, y bien nacido,
señora, del tal Don Diego::-
callas? me lo has concedido?
Leon. Què me decias, Inès?
Inès. En breve te he referido
todo el amor de Don Diego.
Leon. Como no se le he tenido,
à otro objeto debiò de irse
la voluntad, y el oìdo:
dexame, tirano Amor, *ap.*
no violentes mi alvedrìo.
Inès. Pensativa està la Infanta, *ap.*
ella caerà en el garlito.
Leon. Vèn, Inès, porque ya es hora,
y quiero irme al retiro.
Inès. Vamos, y quieran los Cielos,
que tengamos niña, ò niño.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Henrique, y Pimienta, y havrà un bufete con dos luces, y una silla.

Canta Pimienta. Unipa, cusini, cunitamba,
foraminibus, sotam, impleriba,
que si no me ha entendido la sordiga,
yo la harè, yo la harè que me entiendiga.
Henriq.

Henriq. No te he dicho que no cantes,
que ya eſtoy deſvanecido,
y trates dexarme ſolo?
Pim. Señor, quando te ha ofrecido
la fortuna un Cavallero,
que Angel para tì ha ſido,
eſtàs tan triſte, y ſuſpenſo,
cavizbaxo, y penſativo?
ſuſpira, no eſtès tan muerto,
que me tienes afligido,
y lo eſtarè, haſta ſaber
de tu triſteza el motivo.
Henriq. El cuidado te agradezco,
y por deſcanſar contigo
te lo contarè, Pimienta,
por ſi encuentro algun alivio.
Pim. Acaba, ſeñor, por Dios,
que rabio ya por oìrlo.
Henriq. De Murcia, Ciudad inſigne
(cuyo aſsiento, y cuyo ſitio
goza con la amenidad
lo llano con lo lucido)
vine, Pimienta, à la Corte,
y el venir fue tan preciſo,
como el aſsiſtir à un Pleyto,
que ha fomentado mi tio
Don Juan de Eſtrada, diciendo,
que muerto mi padre, es viſto
que le toca el Mayorazgo,
y no à mì, ſiendo ſu hijo;
alegando en ſu derecho
unos papeles antiguos,
que ſegun los Abogados,
aſsi ſuyos, como mios,
afirman, que no hay razon
para que el derecho mio
no ſea primero en todo
amparado, y preferido;
y ſin embargo, dà largas,
con los legales motivos
que dà el Derecho, y al cabo
es ſeguro el Pleyto mio.
En fin, ya ſabes las coſas,
que ſe nos han ofrecido,
y las que tengo preſentes,
eſcucha lo ſucedido:
Ya ſabes, Pimienta, que
à aquel origen divino
de eſte retrato, mis ojos
oy tanta dicha han tenido,
que han adorado los ſuyos,
ſiendo ſus luces un vivo
hidropico, que cubierto
de la concha que Amor hizo,
y viendo mi muerte en ellos,
mas à mirarlos me animo.
Saco el retrato, por vèr
ſi es ſu original, y afirmo
anduvo el pincèl groſſero,
y los colores no finos,
porque todo era baſtardo
mirando ſu origen vivo:
mas ſi para hacer la copia
era mirarla preciſo,
dos diſculpas al Maeſtro
alli mi ingenio previno;
una, la luz de ſus ojos,
que tantos rayos à giros
eſparcen, que era forzoſo
turbarſe los mas altivos;
y la otra, que ſu roſtro
es tan perfecto, y tan limpio,
que ſolo pudo copiarle
el Artifice Divino,
que con mano poderoſa
tanta belleza hacer quiſo.
En fin, abſorto, admirado,
ſin razon, ſin alvedrìo,
ſin sèr, ſin entendimiento,
ſin memoria, y ſin arbitrio
quedè, feriando à ſus ojos
todos mis cinco ſentidos;
aunque sè por coſa cierta,
que me amparò ſu cariño,
y que me entraſſe en ſu quarto
à una criada le dixo,
dexandome ſu belleza
admirado, y ſuſpendido.
Y no es lo que mas me aflige
el verme à ſu amor rendido,
ſino vèr, que eſte retrato
le llevaba à mi enemigo
ſu criada, con que es cierto,
que ſe havrà dado à partido
ſu amor con èl, y que ya
ha llegado tarde el mio;

y mas, si hago reflexion
de la razon que me dixo,
quando yo le preguntè
si era su Dama, y remiso
me respondiò lo que oìste;
por donde cierto averiguo
ser segura mi sospecha,
y mi pena con motivo:
y quando quiera borrar
de la memoria el hechizo,
que me ha dado tanto amor,
como tengo à este prodigio;
ya por noble se me ofrece
otro mayor laberinto:
pues atento al agassajo,
la merced, y beneficio,
que recibo de Don Pedro,
estoy, segun buen estilo,
obligado à defender
todo lo que en su perjuicio
supiere que se executa,
y mas si el caso averiguo,
que le toca en el honor;
con que es fuerza, que yo mismo
solicite, que Don Diego
sea de Leonor marido:
mira si puede llegar
en un hombre bien nacido
à mas la desdicha, pues
tercero de los designios
de su contrario ha de ser,
siendo matarse à sì mismo,
y siendo de su amor propio
un rayo, y un basilisco.
Luego deseoso Don Pedro
de componer, como amigo,
la pendencia, me pregunta,
què causas, ò què motivos
me moviò à ella, à que yo
(siendo aqui el mas ofendido)
me fue forzoso el negarlo,
diciendole, que havia sido
sobre querer conocer
à una muger, que conmigo
estaba hablando, sin que
palabras huviesse havido
que obligassen, que el honor
se diesse por entendido:
Con que si de esto à Don Diego
no se le lleva el aviso,
ha de ser fuerza el hallarnos
diferentes en los dichos;
y juzgar ser mucho el daño,
sin que pueda haver partido
que le allane; y demàs de esto,
quedar Don Pedro sentido
de que yo le haya negado
la verdad, quando tan fino
solicita mi quietud:
con que por todos caminos,
cercado de inconvenientes,
hallo este mal que resisto,
siendo un siglo cada instante,
y cada passo un abismo.
Esto me tiene, Pimienta,
tan ageno de mì mismo,
como ageno de remedio,
porque tanto laberinto
solo me dà confusion,
quando medios solicìto:
mira si con justa causa
siento, padezco, y suspiro.
Pim. A solo un daño, entre tantos,
el remedio he prevenido.
Henriq. Y quàl es? *Pim.* El ofrecerme
à dar à Don Diego aviso.
Henriq. Pues como tù hagas aquesso,
no serà el menor alivio,
porque todo lo demàs
dà treguas, y el tiempo mismo
nos descubrirà, Pimienta,
para el remedio camino.
Pim. Pues recogete, señor,
y este cuidado al descuido
le dexa, que yo te ofrezco
hacerlo como lo he dicho.
Henriq. Ya vès lo que aquesto importa,
y de tì solo lo fio;
vè, y recogete. *Pim.* Señor::-
Henriq. Haz, Pimienta, lo que digo.
Pim. Obedecerte es forzoso,
aunque lo siento infinito
el no dexarte acostado,
y si pudiera dormido. *Vase.*
Henriq. Ya estamos solos, Amor,
quiero discurrir contigo,
aun-

aunque ſeas mi enemigo;
por ſi hay alivio al dolor
que padezco, y de lo ingrato
con que has andado, te quiero
las quejas dàr, aunque infiero,
que me ſerà mas barato
ſacar el Iris de Paz, *Sientaſe.*
que es el norte que yo ſigo.
No quiero reñir contigo,
pues hallo ſin culpa eſtàs,
y vivo con eſperanzas,
que propicio te he de vèr;
y aſsi, te he de meneſter,
por ſi un impoſsible alcanzas.
Y tù, del origen vivo *Saca el retrato.*
perfecto, y bello traslado,
eſcucha, ya que ha llegado
ocaſion de hablar contigo,
pues tambien à tì me quejo:
dime, de què me ha ſervido,
que à mi mano hayas venido?
mas ay, que en vano me quejo!
mas no obſtante, à tì el dolor::-
El, y Muſica. Ay amor::-
Repreſ. Dice, al vèr aprieto tal::-
El, y Muſica. Que mal::-
Repreſ. Sin que queja de mì hagas::-
El, y Muſica. Me pagas.
Repreſ. Monſtruo eres, que te tragas
todos los cinco ſentidos;
y aſsi dicen mis gemidos::-
El, y Muſica. Ay amor, què mal me pagas!
Repreſ. Mas parece los ſentidos
tengo al ſueño recogidos.
Duermeſe, y ſale al paño Leonor.
Leon. Quando todo recogido
eſtà, me trae la paſsion
ſolo à buſcar la ocaſion
de vèr à eſte retraìdo;
pero què miro! dormido,
y en una ſilla ſentado
eſtà, mal de enamorado,
indicio de ſu ſoſsiego,
que dicen, que Amor es fuego,
y mal duerme un abraſado.
Pero à ſalir de cuidado
vengo reſuelta; y aſsi,
de eſte vano frenesì
he de bolver ſin cuidado:
pero què vivo traslado
es el que en ſu mano miro!
un etna ardiente reſpiro!
valedme, divinos Cielos,
porque ſin duda ſon zelos,
ſegun à borrarle aſpiro!
Mas yo zelos? (què tormento!)
Mas yo amor? (què deſvarìo!)
ſi ſe ha olvidado que es mio
aun mi miſmo penſamiento?
Llamarè al entendimiento
por ſaber::- què he de ſaber?
quando he llegado à beber
el veneno del amor:
miento mil veces; honor,
còmo te dexas vencer?
Sin duda, que mi dolor,
de mi pena apoderado,
el valor ha ſujetado:
pues ya ſe rinde el valor,
la viva llama, el calor,
que ha alentado mi oſadìa,
ſe muere, ya llegò el dia,
en que mi paſsion poſtrada
confieſſe, que aficionada
eſtà, y cerca de rendida.
Olvidada de mi sèr
debo de eſtàr, pues tirana
de mi honor, quiero liviana
en el mundo parecer:
aora bien, eſto ha de ſer,
muera del alma la llama,
quando la de honor aclama,
que es à todo preferida,
pues ſe ha de perder la vida
por aſſegurar la fama.
Hombre, duerme ſin recelo
el tiempo que yo te aſsiſto;
porque deſde que te he viſto,
le hago teſtigo al Cielo,
puſiera tanto deſvelo
en ofender al villano,
que pretendiera tirano
agraviarte, que dixera,
que otra defenſa no huviera
para tì mas que mi mano.
Y tù, retrato, ù deidad,

à quien contemplo rendido
esse sugeto dormido,
atiende à mi vanidad,
pues ni la curiosidad
ha de moverme à saber,
si hermoso tu parecer
me puede dar mas enojos,
aunque divisan mis ojos,
que es tu rostro de muger.

Henriq. Ay Leonor, que he de perderte!

Leon. Què escucho? valgame el Cielo!

Vase por donde saliò, y Don Henrique siguiendola con una luz, dexandose el retrato en la mesa.

Henriq. Pero què miro! quièn eres?
muger, aguarda, no huyas,
imposible es esconderte. *Vase.*

Al paño Inès. Parece que han hecho ruido;
pero ya no he de bolverme
sin vèr si puedo espulgar
las faldriqueras del huesped; *Sale.*
por si encuentro mi retrato
una luz en el bufete
està, yo quiero llegarme,
que hasta alli no puede verme.

Llegase al bufete, y coge el retrato.

Pero què miro? cogite:
à Dios, señor, el que duerme.

Sale D. Henrique. Ya no es posible el huir.

Inès. El postrer remedio es este.

Mata la luz, y anda à tientas.

Henriq. No importa falte essa luz,
si en la de tus ojos puede
lograr la dicha de hallarte.

Inès. Hazlo, bobo, si pudieres;
demàs, que yo cerrarè,
porque segun la presente,
bueno serà que yo diga,
aunque no sea valiente,
tomè las de Villa-Diego,
afufèlas, y afufème. *Vase.*

Henriq. Si es que estàs arrepentida
de haver entrado, y el verme
te puede causar disgusto,
cubre tu rostro, que ofrece
mi nobleza no querer
mas de lo que tù quisieres.
O, si encontrasse la puerta *A tientas.*
à donde Pimienta duerme,
por si acaso tiene luz!
Amor alivio me ofrece,
porque dàr voces no es cosa,
porque à ellas dispertar puede
Don Pedro, y salir, y en viendo
una muger, sea quien fuere,
para la sospecha suya
tiene grande inconveniente.
Pero la puerta encontrè. *Vase.*

Sale Leonor por donde entrò.

Leon. Ya sossegado parece
que està este quarto, y à mì
solo el cuidado me buelve
de echar la llave à essa puerta,
que bien estàr no me puede,
que Inès, ni alguna criada
à mirarla abierta lleguen.

Vase cerrando la puerta, y sale Don Henrique, y Pimienta con una luz, à medio vestir.

Henriq. Llega, Pimienta, essa luz,
y essas dos velas enciende.

Pim. Para la primera noche
bien hallado està este Duende.

Toma Don Henrique una luz, y busca el retrato, y como no le halla, quiere entrar por la puerta que se fue Leonor, y la halla cerrada.

Henriq. Què es esto? Cielos, valedme!

Pim. A dònde vàs? estàs loco?
Essa es una tapia, tente;
què haces? no me diràs
què buscas de aquessa suerte?
sin duda has perdido el juicio.

Henriq. Ay Pimienta! à Dios pluguiesse,
que del todo se quitàra,
para que yo no sintiesse:
mas, segun lo que por mì
està passando, evidente
es, que le tengo pèrdido:
dexame, Pimienta, y vete,
vete, que decir no puedo
la causa de este accidente,
que debo mucho à Don Pedro,
y es forzoso que se quede
encerrado este secreto
en mi pecho, y que no llegue
à

à preſumir, que en ſu caſa
haya quien pueda ofenderle.
Pim. Mira, ſeñor, que es de dia.
Henriq. Pues retirate, no encuentre
contigo de eſſa manera,
que yo tambien recogerme
ſerà fuerza. (Ay Leonor bella,
ſi mi fortuna quiſieſſe,
que tu divino traslado
à mi mano ſe bolvieſſe!) *Vaſe.*
Pim. Mucha confuſion es eſta!
mas loco eſtoy, pues meterme
quiero en diſcurrir aqui
lo que no me và, ni viene. *Vaſe.*
Sale Don Diego con una vanda.
Diego. De què ſirve, fortuna, prometer..
lo que tu mano avara ha de quitar...
pues joya tan precioſa à enagenar....
llegaſte, ſin que pueda defender......
Quitandome la gloria de perder.........
por lograrla, pues llegas à negar....
el ſugeto que pudo antes matar....... ME.
y no ſe contentò con ofender..........
Pues diſcurro mejor ſerà morir..........
y eſte fiero peſar, el pecho te.........
con mudas voces oigo, que à decir..
Viene, viva muriendo, y aſsi dè.......
la muerte mi dolor, ſi no ha de oìr..
Leonor, y ha de vivir ſiempre ſin vèr.
Sale un Criado.
Criado. Eſte papel para tì
una tapada me ha dado,
y dice eſpera reſpueſta. *Daſelo.*
Diego. Ay, fortuna, ſi han llegado
mis quejas à tus oidos,
y quieres, por deſdichado,
que merezca algun alivio!
mas ay, que ſoy deſgraciado!
de Inès es, dila que entre. *Vaſe el Criado.*
Lee. Mi ſeñora ha referido
todo el diſguſto paſſado,
diciendo fue la pendencia
ſolo por eſtàr hablando
con una Dama; y aſsi,
decid lo miſmo, ſi acaſo
os lo pregunta Don Pedro,
pues veis lo que importa el caſo
de que no ſepa que fue
por cobrar vos el retrato.
Guardeos Dios, ſeñor Don Diego.
Repreſ. No dice ſi le ha peſado,
ò no à Leonor de que herido
eſtè, quien vive poſtrado
al rigor de ſu deſdèn.
Sale el Criado. Haſta la puerta de abaxo
ſalì, ſeñor, à buſcarla,
y ſegun dice un criado,
luego que el papel me diò,
ſe fue. *Diego.* Pues tèn tù cuidado,
que ſiempre que venga entre.
Criado. Don Pedro eſtà aì aguardando
de entrar licencia. *Diego.* Dì que entre.
Vaſe el Criado, y ſale Don Pedro.
Pedro. A eſta hora levantado,
ſeñor Don Diego? es indicio,
que no es coſa de cuidado
la herida, de que me huelgo.
Diego. Yo os beſo, ſeñor, la mano
por la merced que me haceis.
Pedro. Y còmo lo haveis paſſado
eſta noche? *Diego.* No he ſentido,
que la herida me haya dado
deſaſſoſsiego ninguno.
Pedro. Lo que dixo el Cirujano
fue, que era ſolo un piquete,
con que me fui aſſegurado,
que ſi no mi obligacion
aqui aſsiſtiera, haſta tanto,
que os dexàra muy ſeguro.
Diego. Guardeos el Cielo mil años,
que ſiempre confeſſarè,
que la ſalud, y el amparo
le debo à vueſtra piedad.
Pedro. Señor Don Diego, ſon tantos
los merecimientos vueſtros,
que mucho en ſerviros gano.
Y dexando cumplimientos,
como noble, y corteſano,
me haveis de decir aora,
ſi moviò vueſtro embarazo
coſa, que obligue al honor
à buſcar el deſagravio.
Diego. Quando de vueſtra nobleza
eſtoy ſeguro, negaros
la verdad, fuera, ſeñor,
ſer al beneficio ingrato;

y

y aſsi, quanto à lo primero,
el honor quedò mas claro
de la una, y la otra parte;
que del Sol los limpios rayos,
pues ſolo fue la pendencia
ſobre pretender oſado
mi valor el conocer
una tapada, que hablando
eſtaba con mi enemigo,
à quien puedo aſſeguraros,
que no conocì, ni puedo
decir, ſi es noble, ò villano,
ſolo sè, que ſu valor
diò mueſtras de ſer hidalgo;
pero porque no culpeis
mi intento de temerario,
oìd la cauſa que tuve
para poder intentarlo,
que las coſas de Madrid
ninguno las ha llegado
à dar fondo, ni ſaberlas,
porque ſon tantos los caſos
que ſuceden cada dia,
tan nunca viſtos, tan raros,
que muchos por impoſsibles
de creer, llega à negarlos
el miſmo à quien le ſuceden,
por no aventurar lo llano
de ſu ſegura verdad:
con que à quien lo cuenta, es claro,
que ſiendo el caſo no viſto,
ſe ha de quedar murmurando
ſi puede ſer, ò no puede,
con que le obliga à callarlo.
Pero mi ſuceſſo tiene
para el oìdo mas falſo
mucho con que aſſegurarle,
pues ſucede à cada paſſo.
En fin, yo, ſeñor Don Pedro,
vivì un tiempo idolatrando
una hermoſura en Madrid,
cuyo ſugeto liviano
diò mueſtras de que ſu amor
ſolo al interès villano
le rendìa el alvedrìo,
ofreciendole ſu alhago.
Yo viendome algo rendido,
y à la verdad bien hallado,
procurè por todos medios
ſer ſolo quien de ſus rayos
bebiera todas las luces,
ſiendo à ſus acciones Argos.
Y viendo que era impoſsible
à ſu natural tirano
vencerle la inclinacion,
me determinè, forzando
mi voluntad, à dexarla;
con que ella ha procurado,
ofendida, deslucirme
ſiempre que de mì ſe ha hablado;
y yo preſente, tal vez
me ha hecho de coſas cargo,
que jamàs han ſucedido;
y yo de nada me he dado
por entendido, haſta ayer,
que fue impoſsible eſcuſarlo,
porque delante de mì
ſe puſo à dar mi retrato
à quien os he referido;
y ya ſe vè, ſi obligado
eſtaba à cobrarle, viendo
que paſſaba à agena mano.
Quiſe aſſegurar primero
ſi era ella, porque el manto
la tuvo ſiempre tapada,
y llegando corteſano,
me reſpondiò con deſvìo,
poniendome al pecho el brazo:
ſaquè la eſpada, y ſacòla,
huyò la muger, y en tanto
ſucediò lo que ſabeis;
quedòſe con el retrato,
y à un amigo, de quien yo
todo eſte lance he fiado,
embiè à hablar à eſta ſeñora,
y dandole mi recado,
dice, que todo es verdad,
y que ſolo le ha peſado
de no haver reconocido
al que anduvo tan bizarro;
que como fue ſu intencion
ſolo el hacerme el agravio,
al primero que paſsò
quiſo hacerle el agaſſajo.
Con que aſsi, ſeñor Don Pedro,
en bolviendome el retrato,

en lo demàs no havrà duda,
porque aunque haya llegado
ſu eſpada antes que la mia,
es dicha, pero no agravio.
Pedro. Todo aqueſſo eſtà vencido,
ſi hallo el que llevò el retrato,
porque os he de hacer amigos,
y que os deis luego las manos.
Diego. Harè lo que me mandais.
Pedro. Haceis como corteſano;
y còmo el Criado eſtà?
Diego. No fue coſa de cuidado,
con que juzgo ſanarà.
Pedro. Señor Don Diego, quedaos,
no haveis de paſſar de aqui.
Diego. Dadme licencia.
Pedro. Es canſaros. *Vaſe.*
Diego. A cumplir mi obligacion
por obedecer no ſalgo.
Fortuna, ya que el amor
con que rendido idolatro
à Leonor, de nada ſirve,
dexa que logre el engaño,
con que à Don Pedro neguè
ſer de ſu hija el retrato,
que puede ſer que ſi encuentra
à eſte enigma de mi daño,
ofreciendole el ajuſte,
por quedar aſſegurado,
ſe le entregue, como quien
vive deſapaſsionado
de ſu amor, pues no conoce
origen de ſu traslado:
con que es fuerza que Don Pedro,
viendo ſu honor ultrajado
al parecer, que pretenda
buſcar en mì el deſagravio,
y me dè por conveniente
de Leonor la bella mano,
que aunque blaſone, que es
contra el amor un peñaſco,
la obligarà la aſsiſtencia,
la converſacion, y el trato.
Ay amor! detèn tus flechas,
y mueſtrate mas humano. *Vaſe.*

Salen Doña Margarita, y Juana, Criada.

Juana. Ya Don Diego ſanarà,
ſeñora, triſte no eſtès,
y ſi quieres divertirte,
eſcuchame, y cantarè.
Marg. Ay Juana! que mi dolor
hallarle impoſsible es
alivio; pero con todo,
ſi te guſta canta, que
entre tanto en eſta ſilla
un rato me ſentarè;
y pues el ſueño parece
me llama, verè aqui à vèr
ſi puedo deſcabezarle.

Sientaſe en una ſilla, y canta Juana.

Juana. No tanto te entriſtezcas, ama mia,
dexa el peſar un rato, y de alegrìa
vaya un poco, y olvida à eſſe D. Diego,
que ſon diablos los hombres, y eſta ciego
de puro enamorado:
Toma aqueſte conſejo que te he dado,
mira que como amiga aqui te hablo,
ponle la Cruz, y haz cuēta q̃ es el diablo;
pues ſabe el Cielo ſanto,
que yo hiciera otro tanto
con uno que me toca, ſi pudiera,
pues contra todos ellos ſoy Guerrera;
y ſi no, venga alguno, aunque Guerrero
ſea, y verà valiente aqui le eſpero.
Ay ama mia!
à quien yo quiero,
bello lucero
de noche, y dia:
mi melodìa,
durmiendo tù,
harà mù, mù,
te arrullarà.
Amor es fuego,
dexa à Don Diego,
lleveos el diablo,
con todos hablo,
que yo le harè
no buelva acà.
Ay ama mia, &c.
Marg. Eſta es ya reſolucion: *Levantaſe.*
Juana, què hace mi hermano?
Juana. En eſte inſtante saliò.
Marg. Pues ſaca al punto los mantos.
Juana. Mira que el coche llegò.
Marg. Haz luego lo que te mando.
Juana. Y ſi viene mi ſeñor? *Vaſe.*

Marg. A tì obedecer te toca.
Si puedo, ciega pafsion,
yo te bufcarè remedio,
que mitigue tu dolor.

Sale Juana con los mantos.

Juana. Ya tienes aqui los mantos.
Marg. Pues ponmele: ciego Dios, *ap.*
ampara mi atrevimiento,
pues le executa tu ardor.
Juana. Señora, no me diràs::-
Marg. Nada preguntes. Amor, *ap.*
vida, y honor aventuro.
Vamos, Juana; pero no
sè lo que fiento en el pecho,
que atormenta el corazon.

Al irse sale Don Juan.

Juan. A dònde con tanta prieffa?
Juana. Efto es al primer tapon.
Marg. Iba en cafa de mi prima,
que aora à llamar me embiò,
diciendo, que fueffe luego.
Juan. Yo bolvì en buena ocafion. *ap.*
Juana, retirate afuera.
Juana. De cafa quifiera yo. *Vafe.*
Marg. Toda foy un puro yelo; *ap.*
pero què importa? valor.
Juan. Hermana, à folas hablarte
oy ha querido mi amor,
para decirte, que digas
à tu prima mi intencion:
y pues fois las dos amigas,
por tì logre efte favor.
Marg. Cierto, que como te vì
hacer tanta fufpenfion,
pufe todo mi fentido
en el metro de tu voz,
temiendo alguna defgracia.
Juan. Margarita, què mayor,
fi no llego à confeguir
lo que defeando eftoy?
Marg. Fialo de mi cuidado,
que yo bufcarè ocafion
en que decir à mi prima
lo incentivo de tu ardor.
Juan. Mucho de tu ingenio fio.
Marg. Quando intereffada foy,
feguro puedes quedar.
Juan. Adelanta mi temor
mi corto merecimiento.
Marg. Todo lo iguala el amor.
Juan. Tù lo has de folicitar.
Marg. Effa palabra te doy.
Juan. En el coche puedes irte.
Marg. Tenia refolucion
de irme à pie::-
Juan. La hablaràs luego?
Marg. Pues por què no. *Juan.* Inès?
Sale Inès. Señor.
Juan. Vè acompañando à mi hermana.
Marg. A Dios, Don Juan. *Vanfe.*
Juan. Id con Dios.
En Palacio me han contado,
que un Cavallero riñò
con Don Diego, y vifitarle
fe lo debe mi atencion,
y afsi voy àzia fu cafa. *Vafe.*

Salen Don Henrique, y Pimienta, y Pimienta canta, y Henrique reprefenta.

Pim. Tà, tà, tà, que amanece ya el dia,
tà, tà, tà, que ya fale el Sol,
tà, tà, tà, que Leonor es divina,
tà, tà, tà, que es luciente farol.
Henriq. Aora sì, Pimienta amigo,
que me fuena bien tu voz,
y me dà agrado el que diga::-
El, y Mufic. Tà, tà, tà, q̃ amanece ya el dia::-
Repref. Y que profiga velòz,
diciendo con confonancia::-
El, y Mufica. Tà, tà, tà, que ya fale el Sol::-
Repref. Mucho mi pecho te eftima
al vèr le alegras cantando::-
El, y Mufica. Tà, tà, tà, q̃ Leonor es divina::-
Repref. Y fe alegra el corazon
al vèr rematas, diciendo::-
El, y Mufica. Tà, tà, tà, q̃ es luciente farol.
Repref. Profigue, que me dà gufto.
Pim. Sì? pues fabe, que à mi no.
Henriq. Por què?
Pim. Porque no hagan burla,
que tengo muy mala voz,
y no faltarà quien diga
fi foy gallo, ò foy capon;
y afsi, fi quieres que cante,
cantemos entre los dos.
Henriq. Vaya, que no ferà mucho,
que el que eftà ciego de amor,

por

por cinco bocas deſpida,
ſi puede, algo del dolor,
y aſsi, yo le doy ſalida
por el ut, re, mi, fa, ſol.

Pim. Vaya, que ſi tù te quejas,
tambien me he de quejar yo;
yo por ſol, fa, mi, re, ut,
tù por ut, re, mi, fa, ſol;
y aſsi, ſi guſtas, cantemos
unas letrillas de amor,
que para el caſo he traìdo.

Henriq. Haverlas, y quàles ſon?

Pim. Velas aqui. *Saca unos papeles.*

Henriq. Pues empieza.

Pim. Eſcuchame, que allà voy.

Canta. Eſcucha mi acento,
que nectar del viento,
es de amor ſaeta,
y hechizo de amor,
y no chiſte, no.
Pues todas las Damas,
bien ſaben las Amas,
y yo, que te quieren;
Jeſus, y què horror!
y no chiſtes, no,
que zelos tendrè,
y es mal muy atròz.

Canta Henriq. Amigo Pimienta,
bien ſabes, que intenta
conſeguir, ſi puede,
mi pecho à Leonor:
y no mientes, no.
Pues ſaben los Cielos
me cauſa deſvelos,
y que cada dia
me ſiento peor:
y no mientes, no,
que de todas ellas
firme Galàn ſoy.

Los dos. Pues vivan las Damas,
abraſenſe en llamas
del Dios Cupidillo,
y en fuego de amor:
y no mueran, no.
Y todos nos ſigan,
y ſi guſtan, digan:
Vivan las mugeres
todos à una voz,
y no mueran, no,
que yo las harè
coco, corrocò.

Pim. Què te parece, ſeñor?

Henriq. Muy buenas eſtàn, Pimienta.

Pim. Y hechas al caſo.

Henriq. Ay amor, *ap.*
dexame un rato reſpire!
Y el recado le llevò
à Don Diego quien dixiſte?

Pim. Aſsi tuviera aora yo
de renta un cuento tan cierto
como ella ſe le diò;
mas aqui viene Don Pedro.

Sale Don Pedro.

Pedro. Què haceis, ſeñor Don Henrique?

Henriq. Eſtar al ſervicio vueſtro
eſperando me mandeis,
para luego obedeceros.

Pim. Y yo, arrojando locuras,
que me ha pegado mi dueño.

Pedro. Que à Don Henrique diviertas,
mucho, Pimienta, agradezco.

Pim. En tal poſada pudiera
eſtarlo, ſeñor, un muerto,
ſegun franco anda lo puro.

Pedro. La voluntad, y deſeo
de ſerviros es lo mas.

Henriq. En obligacion me ha pueſto
la gran merced que me haceis:
y mil veces pido al Cielo
me dè tiempo de pagar
parte, que todo no puedo;
pero ſentaos un poco.

Pedro. En hora buena lo aceto:
mas ſentaos vos. *Henriq.* No lo harè.

Pedro. No andemos en cumplimientos,
pues ſabeis mi voluntad. *Sientaſe.*

Henriq. Eſto es pagar lo que debo.
Salte allà fuera, Pimienta.

Pim. No vì mas honrado viejo. *Vaſe.*

Pedro. Sabed que traigo una queja.

Henriq. De mì? *Pedro.* De vos.

Henriq. Mucho ſiento
haveros dado lugar
à que la tengais, mas creo,
que no la havrè prevenido,
porque de noble me precio,

y el que es desagradecido,
està de serlo muy lejos.
Pedro. Facil està de ajustar.
Henriq. Si es facil, no es lo que pienso. *ap.*
Si llega à estàr en mi mano,
sabiendo que es gusto vuestro,
ya lo doy por ajustado.
Pedro. Y yo satisfaccion tengo,
que à los hombres como yo
no dexareis en empeño.
Henriq. Vive Dios, que es cierto el daño!
sin duda sabe, que el dueño *ap.*
es su hija del retrato!
Señor, por satisfaceros
pondrè mil veces la vida.
Pedro. Pues sabed, que solo vengo
à pediros me entregueis
un retrato de Don Diego,
que quedò en vuestro poder.
Henriq. Què escucho? valgame el Cielo! *ap.*
Pedro. Y con èl queda ajustado
de vuestro disgusto el duelo,
y yo tambien de mi queja
quedar satisfecho quiero.
Henriq. Saberla he de procurar. *ap.*
Referidmela, que quiero
satisfaceros à todo.
Pedro. Y yo, y vos nos ajustemos;
y asi, atended. *Henriq.* Ya escucho:
toda la atencion poniendo *ap.*
en si puedo discurrir
lo que responder le debo.
Pedro. No refiero beneficios,
que si alguno estoy haciendo,
se lo debì à vuestro padre,
como ya contado tengo;
y asi, de lo que se paga
no se dà agradecimiento:
con que ya desobligado
por aquesta parte os dexo,
por lo que dais à la ley,
que teneis de Cavallero;
y pues por ella jurasteis
contarme todo el sucesso,
por què fue vuestro disgusto,
y yo os previne, diciendo,
que importaba, para que
yo ajustasse con Don Diego,
y que quedasseis amigos;
y al ajustarlo, hallo menos,
de lo que vos me dixisteis,
el retrato; ved si tengo
causa para estàr quejoso,
pues quando yo estoy haciendo
vuestra parte, y os descubro
con lealtad todo mi pecho,
vos me negais la verdad,
exponiendome al desprecio
de que Don Diego me diga,
lo que yo digo es lo cierto,
y à vos os han engañado;
con que me resolvì cuerdo
à callar, hasta saber
lo que respondeis à aquesto.
Henriq. Que yo tuviesse el retrato,
señor Don Pedro, confiesso,
y que en mi poder no està
asseguraros bien puedo,
porque antes de reñir
à darle bolvì à su dueño:
con que quedando en su mano,
me pareciò no havia duelo,
que motivasse el retrato;
por cuya causa en silencio
os lo passè yo, y no quise
contaros este sucesso:
aquesto os puedo decir
à la ley de Cavallero.
Pedro. De que asi haya sucedido,
Don Henrique, estoy contento,
porque con esso quedamos
Don Diego, y yo satisfechos,
y asi que sane el Criado,
quedarà ajustado el duelo.
Henriq. Siempre serà vuestro gusto
en mì obediencia, y precepto.
Pedro. A Dios, pues. *Vase.*
Henriq. El Cielo os guarde.
Yo he de perderme, si llego
à saber, que le ha contado
todo el sucesso à Don Pedro:
demàs, que no puede ser,
porque es noble el tal Don Diego,
y haviendoselo avisado,
fuera no tener respeto;
porque no hay hombre tan loco,

tan

tan poco activò, y atento,
que si el honor de su Dama
vè en peligro, no huya el riesgo,
y procure, aunque se abrase,
sacarle libre del fuego
con la brevedad que pide
el limpio honor de su dueño;
que si se llega à quemar
con lengua voràz del Pueblo,
aunque haya faltado llama,
dura perpetuo el incendio.
Luego si Don Pedro huviera
llegado à saber, que el dueño
del retrato era su hija,
no se quietàra tan presto,
claro està; pero tambien
puede nacer su silencio
de que yo no sepa el daño
de estàr su honor de por medio:
pues juzga, que yo no he visto,
ni sè que es el sugeto
de Leonor bella la causa,
que obliga tanto secreto;
pero sea lo que fuere,
yo no he llegado à saberlo?
Yo no estoy dentro en su casa,
de su mano recibiendo
beneficios, que pudieran
obligar al mas vil pecho?
Pues por què he de permitir
passe un instante de tiempo
sin que dè à Leonor la mano?
què digo! valgame el Cielo!
Pues no es quitarme la vida,
si à perder à Leonor llego?
Yo estoy loco, yo estoy loco;
valedme, divinos Cielos!
la mano à Leonor? què digo!
Solicitar que otro dueño
llegue à ser de su hermosura,
sin que le mate primero?
Pero si Leonor le quiere::-
què es querer? mil veces miento;
pero en vano, Cielo santo,
engañar mi amor intento,
quando todos mis sentidos
à voces estàn diciendo,
que Leonor viva, y su honor
defienda mi limpio acero.

Sale Pimienta.

Pim. Qual yerno, que à comer vayas,
te diga manda Don Pedro.

Henriq. Ay Pimienta, si supieras,
què impossible que està esso!

Pim. Vamos, que de esse impossible
luego en comiendo hablarèmos.

Henriq. Vamos, que no es bien que aguarde.

Pim. Si nos dexan.

Al entrarse salen Doña Margarita, y Juana con mantos, y le detienen.

Marg. Cavallero,
una muger infeliz,
que mira su vida à riesgo,
os suplìca la ampareis,
sin que lo digais al dueño
de esta casa, que aqui entrò:
mucho una desdicha temo. *ap.*
Cierra tù, Juana, essa puerta.

Henriq. Sossegaos, que si puedo
serviros, señora, en algo,
como noble os lo prometo.

Marg. Vivìs dentro de esta casa?

Henriq. Huesped del señor Don Pedro,
de quien recibo merced.

Marg. Y sois acaso su deudo?

Henriq. La amistad que professamos
es el mayor parentesco.

Marg. Conoceìs mucho en Madrid?

Henriq. Poco, porque forastero
ha que assisto en èl tres meses.

Marg. Siempre en este quarto mesmo?

Henriq. No señora, que ha muy poco,
que tanta dicha merezco.

Marg. Podrè saber vuestro nombre?

Pim. Señor, mira que sospecho,
que si no vàs à comer,
ha de entrar otro correo
à llamarte, y podrà ser,
que venga el mismo Don Pedro,
y esta Dama preguntona
se puede ir al infierno,
y bolver à preguntar
en estando el pancho hecho.

Henriq. Calla, loco. Vos mandad,
que serviros es primero:
Don Henrique Alfonso soy.

Marg.

Marg. Si de no iros hay riesgo
de que os vengan à buscar,
podeis iros, y en comiendo
bolvereis à hablar conmigo,
porque referiros quiero,
en fè de vuestra nobleza,
mi desgracia, y el secreto
encargad à esse Criado,
que me và la vida en ello:
y os podeis llevar la llave
del quarto, con que yo quedo
assegurada por vos.
Henriq. En todo he de obedeceros.
Marg. Y de vos yo he de fiar
de todo mi honor el peso.
Henriq. Vamos, Pimienta.
Pim. Ya voy:
Abur, Madamas; laus Deo.
Vanse los dos, y cierran la puerta.
Juana. Señora, no he de saber
por què atropellas respetos,
y te sales de tu casa?
Marg. Ya te es forzoso saberlo,
y para que no te admires
de mirarme en este extremo,
que me tiene la fortuna,
que lo hizo amor te confiesso:
mira si ha obligado à muchos
à mayores desaciertos,
y rendida à una passion,
que apoderada en el pecho
avivò tanto su llama,
tanto acrecentò su incendio,
que sin poder remediarlo,
obligò al entendimiento,
que rindiesse el alvedrìo
à la voluntad, haciendo
que la memoria olvidasse
del honor el privilegio.
Me resolvì ir à buscar
para tanto mal remedio,
sin mirar inconvenientes,
que como el Amor es ciego,
no viò que estaba delante,
despues de tanto respeto,
un hermano, que à mi honor
Argos vigilante ha hecho.
Salì apenas, como viste,
resuelta à vèr à Don Diego
de Peralta, que es quien vive,
y reyna en mi pensamiento,
quando entrando por su casa,
oigo à mi hermano, diciendo
al Cochero que parasse,
y salir al mismo tiempo
del coche, y venirse à mì,
quiero esconderme, y no puedo,
y en la primera antesala
quiso arrojarse sobervio
à querer vengar su honor,
y yo mi peligro viendo,
me valgo de los criados,
debiendoles à su aliento
el poderle detener;
buelvome à salir huyendo,
sigueme, buelvo à mirar
si es que me viene siguiendo,
y reparo que es assi,
si no es que lo hiciesse el miedo.
Aquesto es lo sucedido,
porque assegurar no quiero
si fue assi, que yo estoy tal
con el susto, que aun no creo,
que puede haver sucedido,
Juana, como yo lo cuento.
Juana. No te se ha escapado un punto,
salvo el que tu hermano entiendo,
que no saliò tràs nosotras.
Marg. Reparaste bien en esso?
Juana. Y còmo que reparè?
mas, señora, ruìdo siento,
y juzgo, que àzia esta parte.
Marg. Pues aqui nos retiremos
à esperar à Don Henrique.
Juana. Valgate Dios por enredo!

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Leonor, è Inès.

Canta Inès. Las flores, las aguas,
peces, y avecillas,
que buelan, que corren,
canten, digan, digan:
La Venus hermosa,
la Palas divina,
la

la Diosa Neptuno,
Leonor bella viva.
Leon. Inès, no me cantes mas;
ay amor, detèn tu incendio! *ap.*
Inès. Y dime, no gustaràs
de que te hable de Don Diego?
Leon. Que me hables de Don Henrique,
quando à vèr su quarto vengo,
me parece que es mas justo.
Inès. Este paño aun està entero, *ap.*
con que para cercenarle
es menester mucho tiempo.
Leon. No entendì, que eras, Inès,
tan pobre, y corta de ingenio.
Inès. En siendo cosas de amor,
contigo à hablar no me atrevo.
Leon. Pues yo licencia te doy
para que puedas hacerlo,
y de Don Henrique me hables,
sin que te acobarde el miedo,
que à todo, sin enojarme,
te responderè; advirtiendo,
que aquesto solo lo hago
por descubrir tu talento.
Inès. Pues digo, que el Don Henrique
es muy noble, y muy discreto,
muy afable, muy galàn,
muy valiente, y muy atento,
y que pueden merecer
sus prendas, y entendimiento,
que la Dama mas ingrata,
la que no ha pagado feudo
al Amor, bien le quisiera.
Leon. Todo, Inès, te lo confiesso;
pero una muger de prendas,
que su obligacion la ha puesto
en estado, que no puede
corresponder, ni en deseos,
porque en las mugeres nobles
son delitos pensamientos,
por su honestidad, y honor,
y porque la ley del duelo
no nos permite à las Damas,
que del limite passemos,
en que nos puso el decoro
de nuestro recogimiento,
y en tales casos nos dice,
que haya de nacer el ruego
del galàn, no de la Dama;
y la que quiebra este fuero,
descubre su liviandad,
y su poco entendimiento;
y aunque le llegue la dicha
à cumplirla su deseo,
y como propia muger
goce en el casto himenèo
felicidades, que ofrece
correspondido, y atento;
tal vez se puede cansar,
y atreviendose al respeto,
recuerda cosas passadas,
que aunque sepa que nacieron
de la voluntad, no quiere,
atrevido, y lisongero,
sino darles aquel nombre,
que le ha ofrecido el desprecio,
que quiere hacer por entonces
villanamente, y grossero:
con que en medio de la dicha,
de los gustos, y festejos,
la que ha llegado à arrojarse,
ha de estàr siempre temiendo
este accidente, y el susto
la està continuo mordiendo,
como gusano de seda,
que labra en propio aposento:
con que es preciso morir
por no llegar à este extremo.
Inès. Y te parece dificil
hallar à todo remedio?
Leon. A lo que llego à alcanzar,
por impossible lo tengo.
Inès. Pues si tù le has menester,
yo, señora, te le ofrezco
eficàz. *Leon.* Y que yo quede
segura de todo el riesgo,
que te he referido? Inès,
es mucho tu ofrecimiento.
Inès. De contado al prometido
le darè su cumplimiento,
y que sobre antes que falte.
Leon. Yo no sè còmo. *Inès.* Comiendo.
Acaba de declararte,
que si sientes lo que siento,
lo dicho dicho, yo sola
te he de sacar del empeño.

Leon.

Leon. Ya no puedo sufrir mas, *ap.*
perdoneme mi respeto.
Pues, Inès, yo quiero bien,
y es Don Henrique à quien quiero,
porque desde que le vì
hizo en mì el Amor su efecto,
tanto, que la misma noche,
llevada de su ardimiento,
aventurando el decoro,
sin prevencion para el riesgo,
me entrè en este mismo quarto,
estando todo en silencio::- *Dent. ruido.*

Inès. No prosigas, que parece
que ruido à esta parte siento.

Leon. Què dices? *Inès.* Lo que te digo,
que hay mas mal del que entendemos.

Assomase à la cortina Margarita, como que quiere salir, y viendo à Leonor se retira.

Marg. Ya es forzoso retirarme,
que no me conozcan quiero. *Cierra.*

Leon. Muger, abre, dì quien eres,
que te juro por los Cielos,
que si fueras mas dichosa,
ampararè tus intentos.

Como queriendo abrir.

Inès. Advierte::-

Leon. Què he de advertir?
si un bolcàn tengo en mi pecho.

Inès. Mira si viene tu padre.

Leon. Mucho esse nombre venero.

Inès. Pues, señora, considera::-

Leon. Todo, Inès, lo considero.

Inès. Pues retirate à tu quarto,
y no hagas essos extremos,
pues vès lo que se aventura.

Leon. Si no se aplaca este incendio,
yo no puedo estàr aqui,
irme es forzoso, diciendo,
si este es el Amor, mal hayan
de su causa los efectos.

Inès. Este no es amor. *Leon.* Pues què?

Inès. Unos poquitos de zelos.

Leon. Ya por mi mal lo conozco,
que voy rabiando, y muriendo.

Inès. Pues curete un desengaño,
que es curador de los tiempos.

Leon. Vamos, que yo he de buscar
triaca à tanto veneno,
aunque sepa aventurar
la vida, honor, y respeto. *Vase.*

Inès. Y yo he de favorecerla:
y perdoneme Don Diego,
que si se muere mi ama,
èl la pierde, y yo la pierdo,
y no me parece errarla
escoger del mal lo menos.

Vanse por la puerta por donde entraron, y ha de salir Pimienta de suerte que las vea.

Pim. Señoras, cuerpo de Christo!
hablen ustedes mas quedo;
pero què miro? por Dios,
que cerraron, y se fueron.

Sale Don Henrique.

Henriq. Pimienta? *Pim.* Señor?

Henriq. Què haces?

Pim. Estaba aqui discurriendo.

Henriq. A dònde estàn las tapadas?

Pim. Acertaste en esso mesmo,
aunque no es à donde estàn,
si no es por donde se fueron.

Henriq. Pues dì lo que ha sucedido.

Pim. No es nada, esta puerta abrieron,
y se entraron, y cerraron,
pero no sè à dònde fueron:
mira si en breve te he dado
razon de todo el sucesso.

Henriq. Y tù las vistes entrar?

Pim. Y con los pies por el suelo.

Henriq. Amor, què sirve alentarme,
quando todo un mar en medio
està de dificultades,
que bebe todo mi aliento!

Pim. Quien te viere discurrir,
y hablar con tu entendimiento,
pensarà, que es sobre cosa
que no puede vèr un ciego.

Henriq. Pues dime lo que presumes,
porque me tiene el sucesso
tàn fuera de mì, que solo
son dudas con las que encuentro.
Aunque sè que es fiel Pimienta, *ap.*
si presume lo que entiendo,
me importa desvanecerle.

Pim. Tù sabes lo que yo entiendo?

con que nada que decirte,
que tù no ſepas prevengo;
y aſsi, pues tù ſolo baſtas,
à Murcia bolverme quiero,
quedate con Dios, que voy
donde buſcarè otro dueño,
que fie de mi lealtad
el mas oculto ſecreto.

Henriq. Eſſa queja es para mì,
pues me paſſas en ſilencio
lo que te eſtoy preguntando.

Pim. Quieres que ſea tan necio,
que ignore paſſa eſſa puerta
al quarto de Leonor: luego,
que dude tambien que tù
lo ſepas, quando te veo
enamorado, y rendido
à ſus hermoſos luceros,
y que eſta muger no ſea
ella meſma, ò por lo menos
alguna Criada ſuya,
hechadiza de ſu ingenio?

Henriq. No paſſes mas adelante,
que tu loco penſamiento
caſtigàra, à no ſaber,
que nace del buen deſeo,
que tienes de divertirme,
y de que logre el que tengo;
y advierte para otra vez,
que en ella el recogimiento,
la virtud, la honeſtidad
aſsiſte con tanto acierto,
que ſolo vive ſu guſto
à ſu decoro ſujeto.
Vete allà fuera, Pimienta,
y en tanto que yo ſoſsiego
haràs que pongan el coche.

Pim. Haſta ſalir verdadero,
ſeñor, yo no me he de ir.

Và Don Henrique à entrar por donde eſtà Margarita.

Henriq. Cerrado eſtà eſte apoſento,
pero no, que eſtà la llave
pueſta de parte de adentro.

Al paño Marg. Eſtais ſolo, Don Henrique?

Henriq. Y à vueſtro ſervicio, y vengo
à ſaber què me mandais.
Vès como tomaſte yerro. *A Pim.*

Pim. Vive Dios, no le tomè,
que aqueſta gata de Venus,
para cazar el raton
tiene muchos agugeros.

Salen Margarita, y Juana.

Marg. Haced que aqueſſe Criado
ſe eſtè en la puerta, advirtiendo,
que aviſe ſi viene alguien.

Pim. A ſerviros me prevengo. *Vaſe.*

Marg. Y tù, Juana, à eſſa, por donde
aquellas Damas ſalieron,
has de eſtàr con el cuidado
que vès, que importa el ſecreto,
y, ſi alguien vinieſſe, aviſa.

Juana. De todo advertida quedo:
aſsi ſalga yo con bien. *Vaſe.*

Marg. Que os hable el roſtro cubierto
permitid à mi decoro.

Henriq. Mucho ſentirè el no veros,
pero lo he de perder todo
ſolo por obedeceros.

Marg. Pues en fe de eſſa palabra
eſtadme, ſeñor, atento.
Mis muchas obligaciones,
y mi nobleza en ſilencio
quiero paſſar, porque fuera
poner dudoſo lo cierto
no hablar de coſa tan clara
con el roſtro deſcubierto,
y lo que en otra alabanza,
en mì es decoro, y reſpeto:
sì bien, llegando à ſaber
la poca dicha que tengo,
quedareis aſſegurado
de la verdad, porque ingenio,
nobleza, y dicha, por grande,
nunca ſe hallò en mì ſujeto.
No sè por donde comience
à declararos mi pecho,
que como nace de amor::-

Sale Pimienta corriendo.

Pim. Señor, mira que Don Pedro
llega à eſte quarto, que llega.

Marg. Yo me retiro, advirtiendo,
que corre por vueſtra cuenta
el ſacarme del empeño.

Juana. Vamos aprieſſa, ſeñora.

Entranſe las dos.

Sale Don Pedro.

Pedro. Què hace tu señor?

Pim. Entiendo,
que quiere echarse à dormir.

Pedro. De la Estafeta esse pliego
os trajo un Criado mio, *Dale una carta.*
por cuya causa en el tiempo
de la fiesta me obligò
à entrar, Don Henrique, à veros.

Henriq. Señor, à tanta merced
me faltan merecimientos.

Pedro. Que sè que lo mereceis
os asiento lo primero:
y quando todo faltasse,
faltaros à vos no puedo,
por mi propia obligacion:
con que assi, pronto, y atento
os he de servir en todo.

Henriq. Y yo en todo obedeceros.

Sale Don Juan.

Juan. Como de casa me he entrado;
mas perdonad, que entendiendo
hallaros solo::- *Pedro.* Sobrino,
no os vais, que este Cavallero
es amigo, y nos darà
licencia para que hablemos.

Al paño Marg. Mi hermano es; ea, valor,
no os retireis, escuchemos.

Henriq. En tanto me la dareis
para que lea este pliego.

Ha de haver un bufete, y una silla junto à la puerta por donde entrò Margarita, y sientase Don Henrique, y lee para sì.

Esta licencia he tomado, *ap.*
por si de esta suerte puedo
obligar à que à otro quarto
se retirassen. *Juan.* Yo vengo
à hablaros en un negocio,
que pide mucho secreto.

Pedro. Venid. A Dios, Don Henrique.

Juan. Que me perdoneis os ruego.

Henriq. En nada podeis errar.

Juan. Hà hermana vil! por tì es esto. *ap.*

Vase con Don Pedro.

Henriq. Ya podeis salir, señoras.

Salen Doña Margarita, y Juana.

Marg. Fueronse ya? *Henriq.* Ya se fueron.

Marg. Pues, señor, sabed que à mì
me importa, que vuestro aliento
vaya siguiendo sus passos,
y que traceis con ingenio
alguna cautela, con que
podais saber de Don Pedro,
què le dixo su sobrino,
que me và la vida en ello.

Henriq. Ya me he obligado à serviros,
y assi voy à obedeceros.

Marg. De vuestro valor lo fio;
que lleveis la llave os ruego,
porque no pueda salir,
si otro llamàre, por yerro.

Henriq. Vente conmigo, Pimienta.

Pim. No miras que nos perdemos?

Henriq. Nacì noble, y mi palabra
aun mas que mi vida aprecio.

Vanse los dos cerrando la puerta, y sale por el otro lado Leonor con manto.

Leon. No es possible sossegar,
y echado el manto, pretendo
vèr si puedo à Don Henrique
hablarle::- pero què veo?
tapadas aqui: ya es fuerza,
señoras, reconoceros;
y assi, cierro aquesta puerta. *Cierra.*

Juana. Señora::-

Marg. Calla, ya entiendo,
y pues una puerta cierra,
por la otra escaparèmos.
Sigueme, Juana. *Juana.* Ya voy:
Dios me saque de este enredo.

Vanse las dos por donde entrò Leonor, mientras èsta cierra otra puerta.

Leon. Què haces, muger? espera,
que conocerte no quiero.
Quièn en mayor confusion
se ha visto! valedmẽ, Cielos!
Fuese, y la puerta cerraron,
y alli parece que abrieron:
dicha fue sacar el manto.

Salen Don Henrique, y Pimienta por donde se fueron.

Henriq. Señora::- pero què veo?
èsta otra gala, otra arte,
otro garvo, y otro assèo
es del que yo dexè aqui,

y ha ſido muy poco el tiempo
para haver hecho mudanza
tan grande, y haverſe pueſto
tanta variedad de lazos;
mas quiero llegar. *Leon.* Tenèos,
que las Damas que buſcais
cogieron ſeguro puerto,
de que lo podeis eſtàr.
Al paño Inès. Mi ama es, eſcuchemos,
ſin quitarle la ocaſion.
Henriq. Eſta es Leonor, vive el Cielo!
Aqui me importa fingir. *ap.*
Yo que ſois la una entiendo,
y entraba à buſcar la otra.
Leon. Tan poco conocimiento
teneis? *Henriq.* De lo que no he viſto,
mal puedo tener acuerdo.
Leon. Luego no viſteis ſus caras?
Henriq. Ni las conozco.
Leon. Muy bueno:
cierto que eſtaba informada,
que erais grande Cavallero,
pero no lo pareceis.
Henriq. Pues en què no lo parezco?
Leon. En què? en el ſaber mentir,
que lo haceis con grande extremo.
Henriq. Si con la vida pudiera
aſſeguraros, que es cierto,
ſolo por vos la perdiera.
Leon. Yo, ſeñor, aſsi lo creo,
conſiderando, que hablais
por el divino ſugeto,
que aora ſe fue de aqui.
Henriq. Que ſois vos eſtoy creyendo,
porque yo no adoro à otra.
Leon. Conoceiſme?
Henriq. Bien me acuerdo,
que os he viſto en eſta caſa.
Leon. Amor, olvidad los zelos; *ap.*
yo entiendo, que os engañais.
Henriq. Perdì el Iris de mi acierto,
que con èl pudiera daros
ſeguro conocimiento.
Leon. Declaraos, que eſſas enigmas
ni las alcanzo, ni entiendo.
Henriq. Pues, ſeñora, hablemos claros:
ſi ſois divino ſugeto,
ſereis el original
de un retrato::- *Leon.* O què preſto
me trocaſte, Amor, la ſuerte! *ap.*
Henriq. Que por divino trofeo
idolatraban mis ojos
en ſu perfeccion, bebiendo
de la mayor hermoſura
el mas ſabroſo veneno,
pues con mirarle impoſsible,
mas le idolatraba atento.
Eſte perdì::- *Leon.* Tente, hombre,
que tus razones me han muerto! *ap.*
Henriq. Digo, que me le robaron,
quizà porque conocieron,
que no podian mis ojos
mirar tanta luz atentos:
hizo mi amor al principio
los merecidos extremos;
y al fin, pudo conſolarme
ſaber, que el robo me hicieron
dentro de la propia caſa
à donde vive ſu dueño,
y una ſoſpecha, no vana,
de que ſu mano fue el reo:
y ſi ſois ſu original,
de mis congojas doleos.
Pues os digo mis fatigas,
como rendido, y atento,
os ſuplìco os deſcubrais,
pues ſolamente con eſſo
ſaldrè de todas las dudas,
que temo, ſuſpiro, y ſiento.
Leon. Pues porque no las tengais
(mucho es mi atrevimiento, *ap.*
pero mayor es mi amor,
y à mi honor poco le debo,
pues ſin haver advertido
en tal peligro me ha pueſto:
en vano es ya retirarme)
yo quiero ſatisfaceros, *Deſcubreſe.*
Don Henrique, de eſta ſuerte.
Henriq. Yo, ſeñora, os lo agradezco,
y rendido à vueſtros ojos,
como quien vive de verlos,
os ſuplìco, que eſta dicha
llegue à la de mereceros,
que piadoſa con mi amor
le deis merecido premio.
Leon. Luego ſoy à quien amais?

Henriq. Aunque aventure ofenderos,
quiero mas por atrevido,
que por cobarde, perderos.
Vos, ſeñora, ſois à quien
confieſſa todo mi afecto
por luz, por Iris, por Norte,
que ſigo, adoro, y venero;
y pueſto que la ocaſion
piadoſo me ofrece el Cielo,
y vos à èl le imitais
en lo hermoſo, y lo ſereno,
imitadle en lo piadoſo,
pues humilde à los pies vueſtros
os ſuplico me admitais *De rodillas.*
por vueſtro eſclavo, poniendo
el ſello de vueſtra mano
en lo firme de mi pecho.
Leon. Don Henrique, no os canſeis,
y dexad eſſos extremos
para aquel original
del retrato, pues vos meſmo
aqui me haveis confeſſado,
que bebiais los vientos
de ſu divina hermoſura.
Henriq. Y mil veces lo confieſſo.
Leon. Haceis bien, no ſeais ingrato,
que es mucha vileza el ſerlo.
Henriq. Luego yo ſoy tan dichoſo,
que tengo que agradeceros.
Leon. Y mas de lo que penſais.
Henriq. Pues ſepa yo lo que os debo.
Leon. Què mas, que contra el decoro
haverme aqui deſcubierto?
Henriq. A mucho aſpira mi amor,
y a voces me eſtà diciendo,
que fie de vos mayor dicha.
Leon. Pues eſperad la del dueño
del retrato. *Henriq.* Aſsi lo harè:
y dichoſo yo, pues llego
à merecer tanta dicha.
Leon. Luego teneis ya por cierto,
que mereceis ſu cariño.
Henriq. Si vos lo decìs, no es cierto?
Leon. Pues tengo yo ſu alvedrìo?
Henriq. Y tambien el mio es vueſtro.
Leon. No entiendo lo que decìs.
Henriq. Pues yo explicarme no puedo,
porque me tiene la dicha
robado el entendimiento.
Leon. Con mil confuſiones lucho. *ap.*
Henriq. Dichoſo yo ſi os merezco.
Leon. Còmo, ſi à la del retrato
amais tan firme? *Henriq.* Por eſſo.
Leon. No os acabo de entender.
Henriq. Pues yo, ſeñora, os entiendo,
y merezca por rendido,
que rompais el privilegio
del decoro, y que me hableis
como amante, que yo ofrezco
ſerlo tanto, que eſtè ſiempre
amando, y obedeciendo.
Salen Margarita, y Juana de drieſſa, y Leonor ſe cubre.
Marg. Otra vez de vueſtro amparo
es fuerza valerme, huyendo
de mi fortuna contraria,
pues tropezando, y cayendo
de un lance en otro, me pone
oy en mayores aprietos,
tanto, que ya me es forzoſo,
por eſcuſar mayor rieſgo,
valerme tambien de tì.
Deſcubreſe à Leonor.
Leon. Què miro! Prima, què es eſto?
Dime, còmo de eſta ſuerte?
Marg. De admiraciones no es tiempo,
ſino ſolo de buſcarme
à tantos males remedio,
pues de tu padre, y mi hermano,
que entran en eſte apoſento,
es fuerza que me ampareis.
Leon. Yo el miſmo peligro tengo,
Don Henrique. *Henriq.* Con la vida
ofrezco favoreceros. *Sale Inès.*
Inès. Yo lo ofrezco mas barato.
Leon. Aì eſtàs? *Inès.* En mi apoſento
entrad, de alli à vueſtro quarto
podeis paſſar.
Marg. Santos Cielos! *ap.*
doleos de mis peſares,
dandome alivio, y conſuelo.
Leon. Y à mì me ſaque de tantas
confuſiones como llevo.
Juana. Y à mì me dè mucha gracia
para traer Moſqueteros.
Inès. Yo he oìdo todo el chiſte,
con

con que desatè el enredo.

Vanse las quatro.

Pim. Libreme Dios por su amor
de mugeres, y de pleytos.

Henriq. Llegan yà, Pimienta? *Pim.* No,
que à essotro quarto se fueron.

Henriq. Pues ya me toca el buscarlos
à Don Juan, y al señor Don Pedro
por dos cosas, pues mi amor
la puso en tan grande empeño:
y tambien para acudir
à la tapada, pues debo
no faltar à mi palabra.

Pim. No tomaràs mi consejo?

Henriq. Y quàl es? *Pim.* Quiero cantado
decirtelo, estame atento.

Canta. Señor, estàte en tu quarto,
y dexalo por mi cuenta,
que yo harè que el mismo viejo
venga à rogarte con ella:
creeme, mira que yo te digo
lo que te tiene mas cuenta.

Henriq. Pimienta, dexa locuras.

Pim. Si asi te agrado, las dexo:
mas aguarda::- *Sale Inès.*

Inès. Don Henrique?

Henriq. Què me mandas?

Pim. Vès si es cierto
el consejo que te he dado?

Inès. Mi palabra à cumplir vengo,
y à suplicaros tambien,
que esta noche con secreto
os quedeis en el Jardin
con atencion, que en oyendo
cantar, podeis con seguro
llegaros al instrumento,
donde hallareis desengaño
de lo que estais padeciendo:
y para que conozcais
en lo mucho que os venero,
aqui teneis el retrato *Dà el retrato.*
de mi ama, y à Dios. *Vase.*

Pim. Laus Deo.

Henriq. Yo harè lo que me mandais;
pero què miro! Si llego
à cobrar por vos tal joya,
mal podrè no obedeceros.
Dibujo, à donde el buril
esmirilò, pulsò diestro,
admirando la hermosura
sin segunda de tu dueño,
pues buelvo à verte en mi mano,
caracter harè en mi pecho,
porque no pueda borrarte
olvido, ausencia, ni tiempo.
Dichoso yo que te miro;
noche, anticipa tu velo,
pues vès, que toda mi dicha
me han ofrecido en tu centro. *Vanse.*

Salen Don Diego, y Peregil.

Diego. Bien venido, Peregil;
diste el papel?

Pereg. De un Criado,
de quien soy yo muy amigo,
me valì, con que le he dado
à Inès en su mano propia
tu papel, y tu recado,
y te traigo testimonio, *Dale un papel.*
aunque no en papel sellado.

Diego. Mucho por tal diligencia
te estarè siempre obligado.

Lee. Mi señor, desde el dia de tu disgusto hà que mi señora no me dà lugar à que un instante solicìte el veros; y asi os suplìco, que con las señas que en otras ocasiones, esteis en la reja del Jardin esta noche, à donde vereis à mi ama, y yo os havrè servido. Dios os guarde, señor Don Diego. Inès.

Pereg. Parece que lees con gusto.

Diego. Todo lo que he deseado,
Peregil, trae el papel,
y estoy ya determinado,
si esta noche tengo entrada,
siendo de Inès ayudado,
lograr por fuerza la dicha,
que tanto estoy deseando;
pues aunque Leonor dè voces,
y se alteren sus Criados,
y que su padre despierte,
y que su desdèn tirano
pretenda me dèn la muerte,
Don Pedro, prudente, y sabio,
viendo el amor de su hija,
si no perdido ultrajado,
reconociendo mi sangre,

y

y que rendido, y postrado
se la pido por esposa,
he de hallar en èl sagrado,
sabiendo que en calidad,
si no le excedo le igualo;
con que con aquesto queda
con el premio assegurado
mi mucho amor, y su honor,
y en un lazo juntos ambos.
Fortuna, ayuda mi intento,
y pues dicen que al osado
favoreces, yo me anìmo
à robar del Sol sus rayos,
mira si mas osadìa
cabe en corazon humano.

Pereg. Buena và la danza, si
no acaba en paloteado. *Vanse.*

Salen Don Pedro, y Don Juan.

Pedro. Amigo Don Juan, las cosas
del honor, siempre se engaña
quien pudiendo, con secreto
no trata de remediarlas:
y lo que yo assegurar
os puedo en esta desgracia
es, que supuesto que vos
con Don Diego vuestra hermana
no visteis, y que sagàz,
por no aventurar su fama,
dixisteis à los Criados,
que os tuvieron, que una Dama
era, que veniais siguiendo,
à quien vos comunicabais;
con que solo presuncion
puede haver de aquella entrada
por el amor de Don Diego,
pero no evidencia clara.
Y asi, para buscar medio,
entre confusiones tantas,
que nos assegure, oìd
lo que mi discurso alcanza:
Los dos havemos de estàr
con continua vigilancia
en la calle de Don Diego,
y en saliendo de su casa
seguirle hasta vèr donde entra,
y con ardid, y con traza
informarnos à quièn busca,
à què entra, ò con quièn habla
(que todo el oro lo vence)
y de esta suerte el hallarla
se ha de conseguir, sin que
se publìque vuestra infamia.
Y si Don Diego no ha sido
de vuestra ofensa la causa,
callar es mejor, Don Juan;
porque el que ofendido se halla
sin saber el ofensor,
està imposible su espada
de poder satisfacerse;
y asi, sobrino, la mancha,
que el valor sacar no puede,
la lengua no ha de sacarla,
antes mas la ha de manchar
en llegando à publicarla.
Este es mi consejo, aora
disponed, que mi palabra
os ofrece no faltaros,
aunque me estorven las canas.

Juan. Yo vuestro consejo admito.

Pedro. Pues Don Juan, luego à buscarla
por este medio, que el Cielo
ampararà vuestra causa,
pues sabe sin culpa estais.

Juan. Hà vil muger! hà tirana!
què mala paga le has dado
à la nobleza heredada! *Vanse.*

Salen Leonor, è Inès.

Leon. Le dixiste à Don Henrique,
como que de tì ha salido,
que en el Jardin retirado
estuviesse, hasta que el ruìdo
de la musica le llame?

Inès. Si señora, y un tantito
le referì de tu amor:
y al darle el retrato, hizo
mil nobles demostraciones
llevado de su cariño.

Leon. Y dime, no le dixiste
como yo no havia tenido
culpa en que tù le llevasses
el retrato à su enemigo?
cosa que puedes creer,
que no sè còmo ha podido
perdonartela mi enojo.

Inès. Todo queda prevenido:
fuego! si mi ama supiera, *ap.*

que aqui à Don Diego le cito.

Leon. Pues Inès, el inftrumento
toma, para que à partido
ſe dè el amor, que ſe halla
entre tanto laberinto,
mientras que yo entre eſtas flores
algun deſcanſo apercibo.

Sientaſe de eſpaldas por donde ha de entrar Don Henrique, y canta Inès.

Inès. O tù que eſtàs auſente, amante fino,
vèn ſiguiendo mi voz, pues imagino
el que no eſtàs diſtante.

Canta dent. Henriq. Voy bolando,
guiado de tu voz, y aſsi en eſtando
à la puerta, abreme.

Inès. Ya llegar puedes,
que abierta eſtà la puerta.

Abre la puerta Inès, y entra Don Henrique àzia donde eſtà Leonor.

Henriq. Aqui me tienes.

Leon. Còmo os entrais, Don Henrique,
haſta aqui tan atrevido?

Henriq. Que me permitais os pido,
que cantando aſsi me explique.

Leon. Pues atenta os eſtarè,
como os expliqueis cantando.

Inès. Quereis vaya preguntando?

Henriq. Sì, que yo os reſponderè.

Inès. Còmo haſta aqui,
dime, te entraſte?

Henriq. Tù me llamaſte,
y eſto es aſsi.

Inès. Digo, que errè::-

Henriq. Yo que me entrè::-

Los dos. Ciego de amor.

Los dos. { Y aſsi rendido
à tus pies pido::-

Henriq. { Yo por entrarme::-
Inès. { Yo por llamarle::-

Los dos. { Que nos perdones,
bella Leonor.

Leon. Muy liſonjero venìs.

Henriq. Verdades ſon las que digo.

Leon. Pues à dònde eſtà una luz,
que decìs que os ha traìdo,
para que os crean mis ojos?
de eſta manera le incito *ap.*
para que enſeñe el retrato.

Henriq. Solo el ſer de vos creìdo
pudiera obligarme à dar
alhàja que tanto eſtimo. *Dale el retrato.*
Tomadla, para que buelva
al centro donde ha ſalido,
y porque en quien la merezca
la ponga vueſtro cariño.

Leon. Ya abſoluta permiſsion
me dais para que à mi arbitrio
la ponga yo en quien quiſiere?

Henriq. Si ſeñora, que aunque afirmo,
que llegar à verla agena
ha de ſer mi precipicio,
de ſuerte mi amor os ama,
que ſiendo fuerza ſentirlo,
tanto que ſea el morir
para mì el poſtrer alivio,
ſolo porque vos logreis
vueſtro guſto, lo remito,
para que ſea à mi amor,
y à mi vida preferido.

Leon. Pues à tanta obligacion
fuera ingrato el pecho mio,
ſi no la correſpondiera
con el propio beneficio;
y pues amor me ha ſacado
de tan ciego laberinto,
ſea amor quien eleccion
haga de lo que ha querido.
Y aſsi buelva à vueſtra mano,
pues el corazon rendido
os confieſſa por ſu dueño.

Buelvele el retrato.

Henr. Venciò Amor. *Leon.* Su guſto ſigo.

Henriq. Y yo al vueſtro obediente
ſerè ſiempre amante fino.

Leon. Pues por la puerta que ſale
à vueſtro quarto, del mio
nos podemos retirar.

Henriq. Ya, ſeñora, he prometido
obedeceros en todo. *Vanſe.*

Sale Don Diego, y tràs èl Don Pedro, y Don Juan quedandoſe al paño.

Diego. Ni un inſtante de ſoſsiego
Amor le ofrece al deſcanſo.

Juan. Tenèos, que à vueſtra reja
parece que ſe ha arrimado.

Pedro. Dexadme ſalir, que quiero
caſ-

castigar su pecho osado.

Juan. Sossegaos, pues su designio
sin que nos vea escuchamos.

Diego. Ya tiene puesta la seña,
si estarà Inès aguardando.

Sale Inès à una reja.

Inès. Bien podeis, señor, entrar,
que yo à recibiros vengo.

Diego. Ayuda, Amor, la fortuna,
que me has feriado tan presto. *Entrase.*

Salen Don Pedro, y Don Juan.

Juan. En vuestra casa se entrò.

Pedro. Aunque es ya otro cuidado;
vamonos de espacio, honor,
que Leonor es un peñasco,
que no le combate el Mar,
ni le hacen mella los rayos;
pero si es muger, què digo!
ea, entremos, Don Juan, vamos.

Juan. Pues amor, y honor nos llevan,
siendo de una causa entrambos;
Cielos, dolèos de mì,
que vivo desesperado.

Entranse con las espadas desnudas, y salen Don Henrique, y Leonor à obscuras por el lado derecho.

Leon. Entrad, señor::- pero còmo
està sin luz este quarto?

Henriq. Porque sin duda Pimienta
abaxo me està aguardando;
como entiende que estoy fuera.
Pero ruìdo àzia este lado
sentì.

Salen Margarita, y Don Diego, è Inès por el otro lado.

Inès. Mi señor Don Diego,
aqui podeis esperaros,
en tanto que saco luces. *Vase.*

Henriq. Ya es forzoso averiguarlo:
quien và?

Leon. Don Henrique, tente.

Henriq. Retirate, por si acaso
importa que no te vean.

Leon. Pues en la puerta te aguardo.

Henriq. No responde?

Marg. Retirarme
es fuerza, y si no me engaño
en esta parte ha de estàr
la puerta, que passa al quarto
de Leonor, ella es sin duda,
aqui he de estàr, hasta tanto
que sepa quien impidiò
de mi industrìa lo intentado.

Retirase al paño, y Leonor llega à donde està Margarita.

Leon. Ya con la puerta encontrè.

Marg. Este sitio està tomado. *Cierra.*

Salen Don Pedro, y Don Juan.

Pedro. Còmo està este quarto à obscuras?
ola, Inès? luces, Criados.

Henriq. Esta es la voz de Don Pedro.

Pedro. Castigarète, villano.

Henriq. Mirad que soy Don Henrique.

Pedro. Don Henrique?

Leon. Infeliz hado!
la voz de mi padre es esta,
valgame aqueste sagrado. *Entrase.*

Salen Inès por un lado, y Pimienta por el otro con luces.

Los dos. Ya teneis aqui las luces.

Desembaynan las espadas.

Henriq. El que miro es mi contrario.

Diego. Mi enemigo es el que veo.

Pedro. Què miro! còmo encerrados
estais los dos en mi casa?

Diego. Disculpa de tanto daño *ap.*
ha de ser oy mi enemigo,
ya que Leonor se ha librado.

Henriq. Dicha fue que aqui à Leonor *ap.*
no huviesse su padre hallado.

Pedro. No me respondeis?

Diego. Señor,
yo supe, que mi contrario
en vuestra casa assistia,
y como noble, à buscarlo
he venido, con intento
de satisfacer mi agravio.
O què bien que dissimulo! *ap.*

Pedro. Señor Don Diego, acordaos
que la palabra me disteis,
que bolviendoos un retrato
quedaba ajustado el duelo.

Diego. Es verdad, puedo jurarlo.

Pedro. Pues si Don Henrique ajusta,
que ya le bolviò el retrato
à la Dama que le diò,

no

no havrà duelo ya. *Henriq.* Efperaos,
que yo no puedo ofrecer
lo que vos affegurando
eftais, pues antes la vida
entregarè, que el retrato
à quien no fea fu dueño.
Y ya, Don Diego, ha llegado
la ocafion que os fupliquè,
que me oigais fin alteraros;
y fi mi razon no bafta,
os fatisfarè en el campo,
que los hombres como yo
los lances no han efcufado.
Diego. Ya os efcucho.
Henriq. Pues, Don Diego,
fi vos guftais, el retrato
quiero bolver à fu dueño,
y que de fu hermofa mano
le reciba èl mas dichofo,
fin que el otro forme agravio;
antes bien ha de quedar
à defenderlo obligado.
Diego. Vengo en ello.

Llega Don Henrique à donde eftà Margarita, y fale èfta, y viendo à fu hermano fe retira.

Henriq. Pues falid:
Yo, feñor Don Pedro, guardo,
como el mio, vueftro honor.
Marg. Què miro! Cielos, mi hermano! *Vafe.*

Don Juan quiere reñir con Don Henrique, y fe ponen Don Diego, y Don Pedro en medio.

Pedro. Tenèos, pues. *Diego.* Efperad.
Juan. Contra mi honor tal engaño!
yo le fabrè caftigar.
Henriq. Cavalleros, reportaos,
porque ni yo os he ofendido,
ni vueftro difgufto alcanzo,
ni sè quàl fea el motivo:
pero reñid. *Pedro.* Efperaos.

Sale Leonor.

Leon. Sufpended vueftros aceros,
que el decoro aventurando,
me obliga à falir el veros
à todos tan empeñados.
Pedro. Pues còmo tù (ay infelice!)
eftàs dentro de efte quarto?
Leon. Oìdme, y no os altereis,
como padre, imaginando,
què mi honor no puede eftàr,
ni perdìdo, ni violado.
Juan. Primero he de affegurarme,
còmo mi hermana ha llegado
à falir por efta puerta.
Leon. Primo, y feñor, foffegaos,
que yo ofrezco por mi prima
fatisfacer à effe cargo.
Juan. Buelvo à la bayna el acero,
de effa palabra fiado. *Embaynan.*
Henriq. De lo que paffa por mì *ap.*
confufo eftoy, y admirado.
Diego. Ay Leonor! premia el amor, *ap.*
con que fabes te idolatro.
Pedro. Ya de tu voz el fuceffo
confufo eftoy aguardando.
Leon. Pues, Don Henrique, effe efmeril,
que el pincèl ha dibujado,
acafo con perfeccion,
de la lifonja llevado,
me bolved, pues à Don Diego
eftais en efto obligado.
Henriq. Solo à vos pudiera dar
lo que es de mi vida amparo.

Dale el retrato.

Leon. Señor Don Diego, es precifo,
que llegue yo à preguntaros
fi conoceis efte roftro?

Llegafe à enfeñarle el retrato.

Diego. Si feñora, como efclavo
vivo rendido à fu dueño.
Leon. Pues què ocafion os ha dado,
para que por fuerza quiera
vueftro valor conquiftarlo?
Diego. La que fus ojos ofrecen
divinos, como tiranos.
Leon. Teneis alguna efperanza,
que ellos hayan motivado,
ò alguna razon, que pueda
à tal accion obligaros?
Diego. Solo mi amor, que es tan grande,
que fi impofsibles mas altos
pudiera haver, intentàra
emprenderlos, y alcanzarlos.
Leon. Pues ya llegò à vueftros ojos
el tiempo del defengaño.

Don

Don Henrique, como dueño,
pues sè lo que en ello gano,
retrato, y original
es vuestro, como mi mano.
Danse las manos.
Henriq. Y yo la vida, y el sèr
à tanta merced consagro.
Leon. Padre, y señor, el perdon
os pido de yerros tantos. *Arrodillase.*
Pedro. Alzate, Leonor, del suelo,
que à mi gusto te has casado.
Leon. Dichosa yo, pues el tuyo
con el mio han conformado.
Henriq. Señor Don Pedro, à essos pies:
Pedro. Vèn, Don Henrique, à mis brazos.
Leon. Aora, señor Don Diego,
agradecida, pagaros
quiero lo que os he debido,
con que mi prima la mano
os darà, para que quede
vuestro amor mas bien premiado.
Diego. Solo essa dicha pudiera
poner en olvido tanto
amor como os he tenido.
Leon. Pues quedan executados
aqui los dos casamientos;
sabed vos, que acompañando
me estaba aqui Margarita, *A D. Juan.*
con que en esto no hay agravio;
y quando le huviera, ya
la palabra que os he dado
la cumplo, con que Don Diego
merezca ser vuestro hermano.
Diego. Y yo humilde os lo suplico.
Juan. Señor Don Diego, son tantos
los merecimientos vuestros,
que mal pudiera negaros
cosa que me està tan bien.
Diego. Siempre vos me haveis honrado.
Leon. Voy à llamar à mi prima.
Sale Margarita. No cumpliera mi cuidado,
ni mi amor, si no estuviera
mi dicha solemnizando.
Dale la mano à Don Diego.
Pim. Solo de esta vez, señores,
no se casan los Criados.
Todos. Y aqui dà fin la Comedia,
que el Ingenio ha intitulado,
por el Retrato Amor, y
Musicos Amo, y Criado.
Y assi humilde à vuestras plantas
perdonadle yerros tantos.

FIN.

Con Licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de Joseph, y Thomàs de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio de Corpus Christi, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1778.